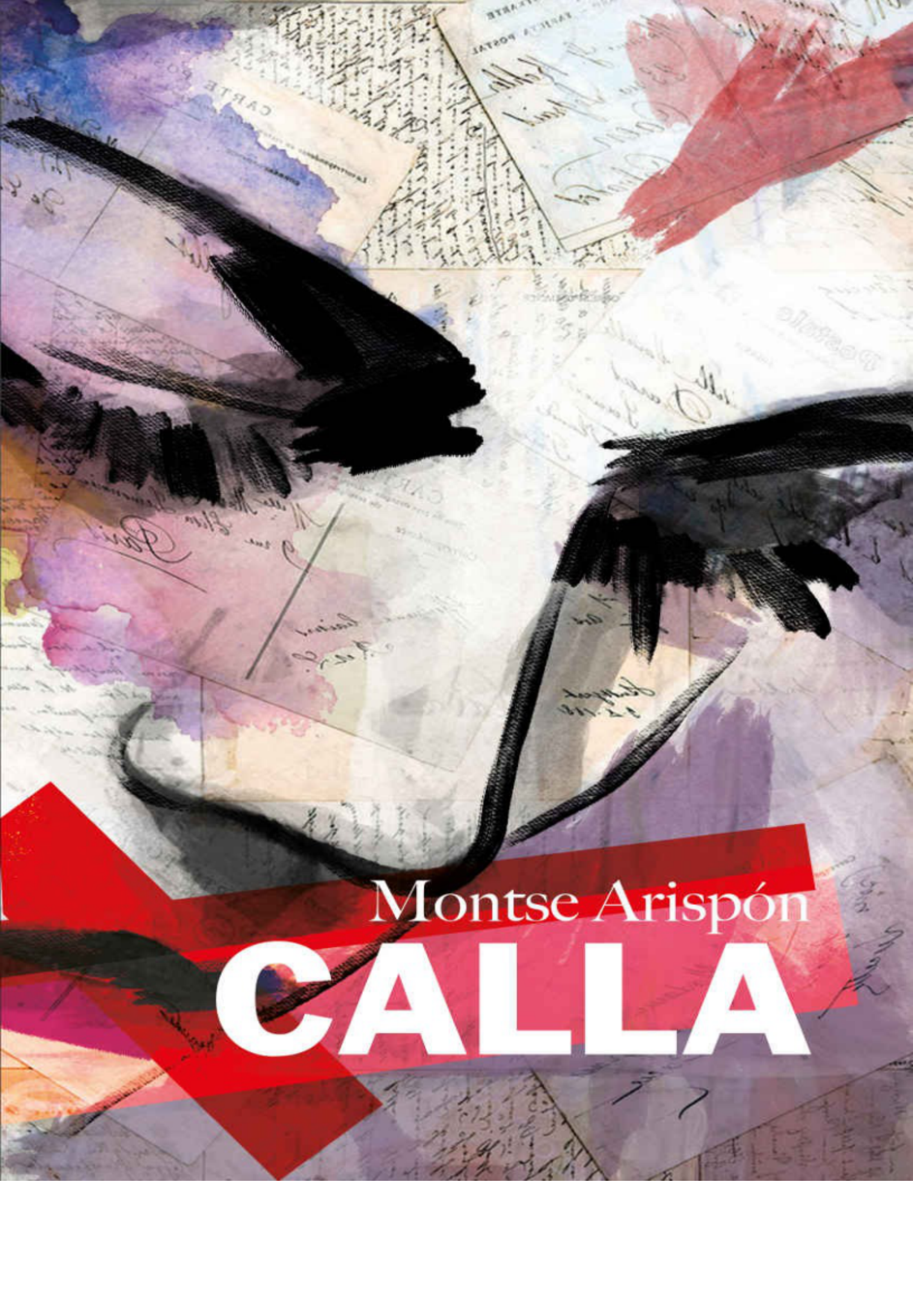

Montse Arispón
CALLA

Calla

Montse Arispón

Título original: *Calla*
Autora: Montse Arispón (@montsearispon)
1ª edición: agosto 2022

Ilustración de cubierta: Antonio Gaga

A las personas que ayudan a otras personas por humanidad o por amor, sin esperar nada a cambio.

Contenido

1

¡Levanta, vaga! ¿¡No has escuchado el despertador!? ¡Eres una irresponsable!

El grito y el codazo seco que él acababa de propinarle contra las costillas habían terminado por espabilarla. La alarma del despertador hacía un minuto escaso ya la había avisado de que un nuevo día se iniciaba. A ella le sonó a campanas de difuntos, tal era su apatía por afrontarlo, por ello lo había acallado con un toque exangüe de la mano.

Se incorporó dando un respingo, con la respiración entrecortada y el corazón queriendo escapar de la caja toráxica, como ella de la prisión sin muros ni rejas donde él la mantenía encarcelada. Con los dedos índice, se restregó los ojos empequeñecidos por el poco dormir y el mucho pensar, para estrellarse contra la realidad hostigadora que se negaba a afrontar.

Entró en el cuarto de baño anexo al dormitorio conyugal. Hubiese preferido orinar tranquila en el otro, en el pequeño, ubicado entre el salón y la habitación de su Álex, lejos de la presencia de él. Aunque, ¿para qué? Resultaría estéril: él la hubiera seguido hasta allí con sus reproches y críticas a viva voz. Y ella prefería guardar el reposo de su niño, que aún no se había despertado, en el remanso de paz que aquel cubículo alejado le proporcionaba, al menos, mientras dormía profundamente.

Se sentó en la taza del váter. Inútil cerrar la puerta para conseguir un poco de intimidad, sabía de sobra que él la abriría de un puñetazo. Y así fue, entró tras ella, con la mirada fija en cada uno de sus movimientos. Al miccionar, un efluvio proveniente de su sexo subió hasta penetrar en sus fosas nasales. Durante unos segundos, se quedó quieta, catatónica, con la esperanza de que él no lo percibiera.

¡Apestas! ¿Y después me preguntas que por qué ya no me acuesto contigo? ¡Cómo si no lo supieras! ¡Das asco!

Arrancó un trozo del rollo de papel higiénico y se limpió con fuerza. Le dolió. Repitió la operación. Una, dos, tres, cuatros veces. En todas las ocasiones le escoció la piel irritada, hasta el punto de hacerla apretar los dientes por el dolor. El lavarse a conciencia tras cada visita al aseo o cuando él le recordaba lo maloliente de su vulva; el usar los últimos geles de higiene íntima que salían al mercado o cualquier antiséptico que prometiera destruir las bacterias causantes de ese fastidio; el restregarse con las toallitas húmedas le habían provocado la destrucción de la flora vaginal mientras que aquella maldita pestilencia nauseabunda no se eliminaba. Ese exceso de higiene le hacía padecer recurrentes cistitis e infecciones por cándida, pero le

resultaba imposible frenar su conducta compulsiva porque ella había acabado interiorizando que el mal olor de sus genitales era real.

Antes de entrar en la ducha, se dispuso a lavarse los dientes, en un intento vano de que él no soltara alguno de sus vituperios. No habló, tampoco fue necesario: apartó la cara y se tapó la nariz y la boca con la palma de la mano, como si contuviera una arcada.

Ella, agarrando el cepillo de dientes, procuró no mirarse en el espejo porque huía de la imagen de la señora casi cuarentona con el rostro ajado, la piel flácida, cenicienta y de párpados hinchados por el sufrimiento que este le reflejaba. Él le tiró del pelo hacia abajo, forzándola a elevar la barbilla.

¡Estás fea! ¡Estás vieja!

Curvó el dedo corazón hasta convertirlo en un gancho y lo introdujo por el hueco que quedaba entre la tráquea de ella y el collar de *bondalle* negro y cadena plateada. La atrajo hacia él por el trozo de cuero. La mordió en los labios.

¡Eres mía!

La piel se le erizó desde la oreja hasta el hombro y el pezón de ese costado, adormecido aún, se comprimió en una mezcla entre punzada aguda y gusto. Hubiera deseado sentir las mismas náuseas que él experimentaba hacia ella, pero no: un espasmo vaginal le mojó las bragas y le obligó a apretar los mulos entre sí y a tornar los ojos de placer.

«Tonta, será solo un juego», le había convencido el día que se personó con el kit *bondalle*: antifaz, esposas y el collar de cuero negro con cadena plateada. Por delante de este, un mosquetón colgaba de una argolla metálica, donde él prendía la correa para doblegarla cuando le placía. Por detrás, le presionaba por debajo de la nuca una cerradura con candado, cuya llave él guardaba y que a ella le impedía zafarse de ambas ligaduras. Había intentado de mil formas diferentes deshacerse del abalorio opresivo y humillante, pero siempre se tropezaba con la parte metálica de este. Así que, por vergüenza, empezó a cubrirlo con jerséis de cuello alto o con algún pañuelo; no solo cuando salía a la calle, sino también en presencia de su hijo. En invierno y en verano.

Terminó de cepillarse los dientes y la lengua; primero con el cepillo manual, después con el eléctrico; para continuar repasando cada unión entre dientes, con el cepillito interproximal y el hilo dental; para finalizar con el enjuague bucal a base de un colutorio extrafuerte. Procuró no dibujar en su rostro ninguna mueca en la ejecución de estas tareas digna de ser ridiculizada por él. Erró.

Temía el momento de la ducha. Desnudarse ante él se había convertido en un acto de pudor mayúsculo incluso antes de que las relaciones sexuales entre ambos se espaciaran, tanto que habían

llegado hasta casi desaparecer. Pero no podía mostrarse recatada e insegura, puesto que tomaría esa actitud como una torpeza más de ella, que sumaría a las críticas aseguradas que le iban a caer sobre su físico. Respiró con cautela (él tampoco debería percibir que necesitaba infundirse calma) a fin de templar la inquietud de su cuerpo trémulo.

¡Estás fofa! ¡Te cuelgan los pellejos! Mírame a mí, mayor que tú y sigo estando hecho un chaval. Pero, claro, ¿qué se puede esperar de un despojo humano como tú que se pasa el día entero comiendo y tirada en el sofá? ¡Muévete, coño! Eso es lo que tienes que hacer, moverte y ver menos la tele. Pero entonces serías una mujer como Dios manda y no la escoria en la que te has convertido.

Había escuchado aquello tantas veces… Pero, aun así, sus palabras eran aguijones lanzados contra su ya maltrecha alma. Cerró los ojos, elevó las mejillas en dirección a la alcachofa de la ducha, como si rezara a unas deidades que parecían haberla abandonado en su calvario hogareño. Tras la mampara de cristal liso, en un aislamiento anhelado que tan solo duraría unos instantes, el chorro caliente le resbaló desde la frente y la envolvió de una calidez que ya no encontraba en ningún lugar. Ojalá pudiera permanecer eternamente sumergida bajo el agua, donde la voz de él retrocediera frente a las ondas y no la alcanzase. Ni sus reproches, ni sus insultos, ni su mirada.

No quedó un ápice en su esquilmada piel que no frotara con el guante de crin; prestando una atención especial a las ingles y a las axilas, con objeto de fulminar el tufo a sudor odiado por él. Se enjabonó el cabello a conciencia, con un champú antigrasa y anticaspa, pese a que nunca había sufrido ninguna de estas afecciones. Mejor prevenir. Se lo enjuagó. Y así lo hizo cuatro veces. Le resultaba curioso escuchar a otras mujeres decir que se lavaban la cabeza una vez a la semana; incluso, había olvidado cuando ella misma no necesitaba lavárselo a diario. La mayoría de los hábitos de su antigua vida, antes de él, se había borrado de su memoria. Como si la existencia previa a este estuviera formada por un cúmulo de vacíos; como si su predecesora, yo, hubiera muerto o permaneciera en coma.

2

Pero sí, en su pasado no tan distante, aunque pareciera ubicado en una lejanía tan abismal como difusa, ella configuraba una entidad por sí misma.

Dotada, además, de una alegría cuyo resplandor derrochaba en su entorno. Entorno este compuesto por sus padres, sus tres hermanos, tíos, primos…; por algún que otro ligue esporádico; y por su pandilla, conformada en los primeros cursos del instituto, estable, armoniosa, y que se iba ampliando con incorporaciones sobrevenidas cuando alguno de ellos se emparejaba.

También tenía un trabajo motivador como auxiliar administrativa en una protectora de animales, con compañeros que la apreciaban por su calidad humana y su labor; y que le permitía pagar holgadamente un piso modesto de tres habitaciones y una terraza amplia.

Disfrutaba de aficiones apasionantes, como practicar deportes en entornos naturales o cuidar de su jardincito.

Y, sobre todo, vivía junto a Milo, su chucho ancianito, como ella lo llamaba cariñosamente, unidos ambos por la compañía mutua y un amor incondicional.

Fue, precisamente, en sus paseos diarios con este por el parque cuando lo conoció a él. Milo y ella siempre salían a la misma hora: por la mañana antes de entrar a trabajar y por la tarde a su regreso. El animal la esperaba paciente, sentado en el recibidor. Ella necesitaba pensar que no había estado esperándola ahí desde que se marchara después del almuerzo. Cuando la veía entrar, pese a su avanzada edad, Milo saltaba de alegría, girando sobre sí mismo. Sabía que había llegado su momento preferido del día, cuando su dueña lo llevaba hasta la zona de perros del parque y allí lo dejaba campar a sus anchas durante más de media hora. Milo era un perro de talla grande, una mezcla entre bóxer, mastín y alguna que otra raza más indeterminada, con mucha energía, y ella era consciente de que necesitaba desfogarse. El perro era feliz corriendo de un lado a otro, olisqueando los culos de sus compañeros de juegos y orinando en los troncos de los árboles; y ella, contemplándolo disfrutar.

Ella lo había visto alguna vez que otra de pasada, sentado en un banco leyendo algún libro o se habían cruzado cuando él corría. Ni siquiera se habían saludado porque no le había llamado especialmente la atención; tan solo le pareció un señor más de los que pululaban por el parque. Tampoco le resultó llamativo que coincidieran mucho más en el último mes y justo en los mismos intervalos de horas en los que ella salía a pasear con su chucho. Menos aún le dio por especular si sería un hombre de costumbres, de horarios fijos, como ella. Tal era su

falta de interés ante la presencia de un individuo tan común y corriente como los demás.

Cuando sí atrajo su atención plenamente fue aquella tarde, remota ahora, marcada en el calendario, cuando sus días dieron un giro tan paulatino como vertiginoso. Él se personó con un perro, un saluki de pura raza, según afirmó, adoptado de un refugio. Esto a ella, gran conocedora del mundo perruno, le sorprendió por inverosímil, puesto que el precio de esos perros en el mercado no estaba al alcance de cualquiera. Pero no le dio demasiada importancia: habría alguna justificación plausible que, por respeto, no le iba a solicitar.

Efectivamente, de entre el resto de los dueños de mascotas, fue a charlar con ella; con mucha seguridad, la única que trabajaba en una protectora. Él se le acercó poco a poco. Una vez a su lado, fue ella quien le saludó mientras alababa la llamativa belleza del saluki. Él enseguida le narró una historia tan emotiva como triste. El dueño de Toby, que así se llamaba el animal, era uno de sus mejores amigos y estaba gravemente enfermo de cáncer. Ni él ni su compañero (le recalcó el hecho de que fueran una pareja de hombres gais) podían hacerse cargo del pobre Toby, y le habían encomendado su cuidado mientras duraba el tratamiento. Pero, claro, nunca había tenido una mascota, y eso que adoraba a los animales, y andaba muy perdido. Ella sin meditarlo ni un segundo y conmovida por los buenos sentimientos de ese desconocido afable, por la terrible situación que atravesaban sus amigos y, por supuesto, por el bellísimo saluki, le ofreció su número de teléfono.

—No quisiera molestarte…

—No es ninguna molestia. Has tenido la suerte de dar conmigo. Y estaré encantada de ayudaros.

Él se lo agradeció con su sonrisa cautivadora y con una mirada intensa, lanzada adrede a través de sus ojos hipnotizantes. Ella se azaró al recibirla, pero intentó disimularlo esquivando en lo posible el rostro de su interlocutor.

—Si quieres, puedes pedirme amistad en Facebook: suelo compartir muchos artículos sobre estos peluditos —se ofreció, acariciando la cabeza de Toby, sentado entre ambos, muy quieto, como si estuviera adiestrado por alguien experto.

Su perfil de Facebook, además, rebosaba de *posts* sobre otros animales, sobre deportes al aire libre; sobre temas medioambientales y naturaleza en general; también de recetas vegetarianas, de reivindicaciones y apoyo a colectivos vulnerables y de cualquier temática que tocara su tierno corazón. Algunos de sus amigos le advirtieron alguna vez que otra acerca de lo imprudente que resultaba que su perfil personal en la red social estuviera abierto al público en general. Sin embargo, ella jamás le dio importancia a eso de cerrar sus

publicaciones para que solo pudieran verlas los amigos que agregaba. «Total, no tengo nada que ocultar: no hablo de política ni religión ni expongo mi intimidad», solía argumentarles tan despreocupada como inocente. Sin reparar en que ofrecía datos de sobra para que un buen fisgón pudiera confeccionar un retrato psicológico y de hábitos muy pormenorizado de ella, desde dónde trabajaba hasta su música o sus platos favoritos.

Él titubeó con un apuro impostado.

—En serio… No me gustaría ser intrusivo…

—Tranquilo, de verdad. Para mí será un placer ayudaros en cuanto pueda.

Se agachó para acariciarle la cara al bueno de Toby. Y, desde abajo, tranquilizó al dueño provisional de este, regalándole una de esas sonrisas amplias y honestas que la caracterizaban, por entonces.

Así fue como le abrió la puerta al lobo. Lobo exhibiendo un disfraz de alma gemela. ¿Dónde había estado escondido este príncipe de cuento durante toda su vida?, se repetía incrédula para sí y a sus amigas. Le costaba asimilar que compartieran tantísimos gustos idénticos, los mismos valores, una visión análoga sobre el futuro.

Comenzaron las largas charlas sobre ellos para conocerse en profundidad, en las cuales ella le abrió su corazón y su alma de par en par. Y él le reiteraba hasta la saciedad que jamás se había encontrado a una mujer tan fascinante como ella y que, sin lugar a duda, ofrecería lo más preciado para él por haberla conocido antes. Después afloró el bombardeo amoroso. El aluvión de me gusta y comentarios en absolutamente todo cuanto ella subía a sus redes sociales. Los mensajes para dar los buenos días, las buenas noches, preguntar cómo llevaba la tarde en el trabajo, si se lo estaba pasando bien cuando quedaba con sus amigos…; las llamadas telefónicas, de conversaciones hasta bien entrada la madrugada. Surgieron las ojeras de la jornada siguiente en las cuales el insomnio pesaba tanto como el resplandor en su cara; el cortejo con gestos que solo alguien que se hubiera adentrado en los confines de su mente podría haber planeado; los carísimos viajes sorpresa en los cuales a duras penas salían de la habitación; las cenas en los mejores restaurantes vegetarianos en un perímetro de cien kilómetros; las escapadas por la naturaleza para realizar rutas de senderismos, escaladas, *rafting*, submarinismo, *paddle surf*…; las tardes de paseos con Toby y Milo, de miradas cruzadas, en las que el mundo y sus habitantes más allá de ellos cuatro se desdibujaban; y un sexo brutal, extasiante, como no había practicado en sus treinta y cuatro años, pese a considerarse una mujer bastante experimentada en cuestiones de alcoba. Pero él estaba dotado de un exhaustivo conocimiento de su anatomía femenina, mejor que cualquier otro compañero de cama, e incluso mejor que ella misma. Le

dedicaba tiempo a recorrerla con sumo esmero y una generosidad tal que ella, en esos encuentros, transmutaba de humana a una diosa venerada por su amante.

«Me hablas tanto de tu grupo y son tan importantes para ti que estoy deseando que quedemos con ellos», le apremió a las pocas semanas de empezar a salir juntos. Y ella accedió ilusionada por la solicitud y por la perspectiva de que lo acogieran entre sus amigos igual que al resto de parejas. Días después le urgió a que le presentara, también, a sus padres y hermanos.

—Quiero que en tu entorno sepan que vamos en serio —le confesó él como argumento a su petición.

—¿Sí…? —le preguntó ella con ojos resplandecientes.

—¿A caso lo dudas? —Y la besó en los labios para acallar la conversación.

Mientras él se adentraba en sus confines a paso rápido, ella desconocía por completo los aspectos básicos que lo rodeaban. Si se interesaba por estos, sus respuestas resultaban tan evasivas como confusas.

—¿A qué se dedica? —le preguntaron una vez sus amigos, antes de que él irrumpiera en la pandilla y no volviera a salir a solas con ellos.

—A algo relacionado con el *marketing* digital. —Se mojó los labios con su cerveza, y riendo, añadió—: Él siempre me dice que es difícil de describir a alguien ajeno al tema.

—Es curioso que te haga ese comentario, porque a ti te apasiona cualquier asunto relacionado con la informática e internet.

El interrogatorio no solía ir más allá. Cosa que ella agradecía, puesto que no hubiera sabido contestarles a otras cuestiones.

Ignoraba si mantenía algún tipo de relación con sus familiares. Acerca de sus padres, cuanto había podido deducir por fragmentos escasos que soltaba de vez en cuando era que de niño debía haber sufrido algún tipo de abuso o maltrato. Una noche desnudos sobre el lecho después del sexo, percibió que él estaba más dispuesto a comunicarse que de costumbre e intentó indagar sobre el asunto, con la intención de conocer mejor al hombre a quien tanto amaba y de reconfortar el corazón del niño herido. Él le acarició y besó el pelo.

—Mi niñez fue demasiado dura, cariño, me cuesta hablar de ella. Te agradecería que no me preguntaras más, por favor. Para mí es como si hurgaras en mi herida.

—Lo siento. —Su voz tembló movida por la lástima.

No soportaba su dolor. Por ello, unas lágrimas le descendieron por la mejilla. Él, agradecido por su compasión, se las secó con los dedos.

—También lo hago por ti, cariño, por protegerte. Hay cosas en mi vida que son demasiado duras para ti. Tú eres tan vulnerable… —Le elevó la barbilla y la besó en los labios—. Me moriría antes de verte

sufrir.

La abrazó y ella se quedó dormida, sintiéndose segura bajo el amparo de su afecto.

De los matrimonios con sus dos exmujeres sí habló hasta el hartazgo. Muy al principio, una de las tardes que coincidieron juntos paseando a Milo y Toby, cuando en ella aún ni se había asomado el interesarse por él, se sinceró sin que ella le preguntara:

—Llevo bastante tiempo soltero tras mi última ruptura porque me aterra comenzar una relación romántica. —Bajó la cabeza, compungido y ella se sobrecogió—. Mis dos matrimonios han sido un infierno para mí. Me temo que me han causado algún tipo de trauma emocional, porque soy incapaz de volver a sentir.

Se cubrió la cara con las palmas y se giró. Ella pensó que le avergonzaba que lo viera llorar. Le puso una mano en el hombro y se apiadó de él. «Qué pena que un hombre tan encantador como él haya sufrido unas experiencias tan desagradables», pensó. Y añadió en voz alta:

—Pero hay muchas mujeres buenas…

—Ahora mismo no resistiría otro desengaño amoroso. —Le agarró la mano que ella había dejado en su hombro—. Por eso aprecio tanto tu amistad.

No se cuestionó a qué venía referirse a aquello inexistente entre ambos como amistad, puesto que estaban empezando a conocerse, porque él la fulminó con una mirada acerada. Primero la fijó sobre sus ojos y después la bajó hasta los labios, logrando que a ella se le nublara la mente.

En las siguientes conversaciones le fue desgranando poco a poco en qué había consistido su averno particular: que si ambas exmujeres eran celosas compulsivas, que si lo sometían a un control sofocante, que había sido el único que había luchado por salvar sus dos parejas, que si eran unas vagas superficiales que solo lo querían para sacarle dinero…

Y a ella, según avanzaban en el noviazgo y el relato del calvario que él había atravesado, y seguía atravesando, más lástima y empatía le generaba aquel pobre hombre desvalido.

Hasta que aconteció un hito, inesperado para ella, en la relación. Un día le explicó que, en pos de su anhelada necesidad de respirar en paz, y puesto que era tan abnegado, había decidido cederles la mayor parte de sus bienes en el reparto de estos durante la separación a cambio de su libertad. Por lo que se vio forzado a alquilar un apartamento minúsculo y en mal estado de conservación, donde se le iba cuanto ganaba.

—Por eso me avergüenza llevarte.

Ella se compadeció tanto por su miserable venida a menos que,

llevada por la bondad y la ceguera causada por el enamoramiento vertiginoso, le ofreció que vivieran juntos.

—Y no me tienes que dar ni un céntimo.

—Pero…

—Ni pero ni nada. Así también puedes ahorrar tu dinero hasta que tu economía se reactive —añadió ella.

Ignoraba por entonces que con ese ofrecimiento firmaba su sentencia de muerte.

3

Salió de la ducha. Él no estaba en el baño. Espiró con cierto alivio. Tampoco la esperaba en el dormitorio.

Esa mañana de finales de junio el valle del Guadalquivir sufría una de esas terribles olas de calor con las cuales es azotado durante el verano.

¡Cuánto echaba de menos los vestidos de tirantas! Primero dejó de usarlos porque él le recriminaba que iba provocando con los escotes; después, porque le hizo sentir vergüenza por enseñar sus carnes fofas. Se cubrió con una camiseta de manga corta, lisa, sin dibujo y oscura para ocultar la obesidad que, según él y el espejo, padecía. Unos vaqueros largos, aunque se moría de ganas por colocarse unos cortos. «¡Mírate, te crees una sílfide y no eres más que una gorda celulítica!», le gritó la última vez que ella había intentado reivindicar su derecho a vestir con ropa por encima de la rodilla. Buscó en la mesita de noche unos calcetines y se calzó unas zapatillas de deporte de color gris oscuro y gastadas. Las sandalias y las chanclas también pertenecían a la lista de artículos prohibidos por él. El motivo en este caso, simplemente, porque sus pies le parecían deformes. Por último, se enrolló alrededor del cuello un pañuelo para ocultar el collar de la humillación. Acalorada, empezó a sudarle la frente.

En la cocina, él ya la esperaba sentado en uno de los bancos de la isla central que la separaba del salón. Tuvo que pasar por su lado para sacar la leche del frigorífico y acometer la preparación del desayuno de Álex. Sin tregua, él encogió un lateral de su labio superior, exhibiendo el colmillo, al tiempo que batía la palma delante de su nariz, como si apartara alguna fetidez del aire.

¿Te has puesto desodorante! ¡Apestas a sudor!

Dejó la leche sobre la encimera y regresó al cuarto de baño. Apretó los ojos y los dientes para no llorar. Se quitó la camiseta; humedeció el guante de crin, lo empapó de jabón y se frotó con él enérgicamente las dos axilas, maldiciéndolas por excretar ese tufo nauseabundo de su cuerpo. Las secó con fuerza y volvió a embadurnarlas con desodorante de bola y otro en espray. Había acudido varias veces a médicos distintos en busca de una solución para el hedor de su cuerpo. Estos le prescribieron lo de siempre: unas analíticas, unos cultivos y poco más. «Todos los parámetros se encuentran dentro de la normalidad. No existen patologías que lo causen», habían concluido uno tras otro. Así que se propuso averiguar por su cuenta qué le ocurría. Investigó en Google si algunos alimentos podrían provocarlo. Encontró mucha información sobre el particular y los fue retirando de su dieta uno por uno con la esperanza de identificar cuál o cuáles producían aquella

afección que la atormentaba. Nada le funcionó.

Con tanto aseo, se le estaba haciendo tarde. Dejaría la preparación del desayuno para después; lo prioritario en ese instante pasaba por despertar a Álex. Rezó para que él no se personase en la habitación y estropeara su momento preferido del día, y su única razón para seguir viviendo.

—Hoy voy a la piscina de Rafa, ¿recuerdas? —Le preguntó abrazado a su madre.

Ella aspiró el aroma de su niño, el olor reconcentrado por el sueño, mientras apretaba su cuerpecito contra su pecho.

—¿No prefieres quedarte aquí conmigo?

Besó la cabecita de pelos revueltos.

—Podrías venir tú también a bañarte en la piscina de Rafa.

Tragó saliva y le dio un beso en uno de los mofletes. El roce de la piel blandita en sus labios la embargó de una ternura triste.

—¿Por qué no vienes nunca conmigo a casa de Rafa, mami?

La saliva se le agarró a la garganta como un gajo de naranja sin masticar.

—Disfruta tú hoy, cariño, ¿vale? Yo iré otro día.

Los pasos de él empezaron a sonar por el pasillo.

—Vamos, vístete de prisa. Mamá te ayuda.

—¿Por qué estás temblando, mami?

4

Los primeros dos meses de su idilio transcurrieron en una apacible luna de miel, moteada por algún que otro incidente irrelevante (si se comparaban con los que acontecieron después, a lo largo de la relación). Como cuando se ausentó durante dos de días sin despedirse, sin justificación alguna y sin contestar a sus llamadas ni a sus mensajes.

A su regreso, ella intentó expresarle lo preocupada que había estado de la manera más calmada y asertiva que supo. Él no reaccionó ante su angustia; por el contrario, le mostró una frialdad absoluta.

«Pobre criatura —se compadeció—. Debe estar tan traumatizado por su niñez que es incapaz de comunicarse conmigo. Seguro que se queda bloqueado porque teme una reprimenda de mi parte». Con este razonamiento, hizo un acopio extra de mesura y empleó un tono muy apacible para preguntarle el motivo por el cual había estado desconectado y desaparecido esos días. Acompañó sus palabras con una caricia de la cara, donde brotaba una incipiente barba, señal de que no se había afeitado las dos mañanas anteriores. Él le apartó la mano con desagrado, como si le repugnara el tacto de esta.

—No sabía yo que eras mi carcelera y que tenía que transmitirte mi vida en directo.

Sin mirarla, fue hasta el frigorífico, cogió una lata de cerveza y se encaminó hacia la zona del salón. Se sentó en el sofá y encendió el televisor.

Ella siguió la escena ojiplática, muda, petrificada al lado de la isla de la cocina americana, sin dar crédito ni entender qué acababa de pasar.

Cerró los ojos y respiró pausadamente. Él le había advertido con anterioridad de que odiaba los dramas porque sus exmujeres eran muy dadas a ellos, así que no le quedaba otra que serenarse. Se sentó a su lado en la *chaise longue*.

—¿No comprendes que estaba preocupada por ti? Temía que te hubiera ocurrido algo…

—No te preocupes tanto, anda, que te preocupas demasiado… —le reprochó con tono hiriente, sin girar la cabeza en su dirección.

En ese punto, el desconcierto y la impotencia ante el comportamiento extraño de él emergieron por la garganta hasta estallar en lágrimas, que resbalaban por su cara sin ser capaz de retenerlas.

Temblando de pies a cabeza, se situó a su lado, en cuclillas. Tampoco la miró, continuó con la vista clavada en las noticias.

—Es normal que estuviera intranquila por ti, cariño: te fuiste sin

decirme nada y has estado un par de días fuera. Eso lo entiendes, ¿verdad? —No hubo ninguna reacción por parte de su interlocutor—. No soy tu carcelera, tú lo sabes, solo necesitaba saber que mi pareja estaba bien. Solo es eso. Y al no contestar a mis llamadas ni a mis mensajes… Es lógico que me ponga en lo peor.

Comenzó a zapear, como si ella no estuviera allí.

—He estado a punto de avisar a la guardia civil… —se lamentó.

Esa frase sí causó efecto en él. Agachó la cabeza hacia ella y la fulminó con una mirada rápida, para, acto seguido, retornar su atención al mando a distancia.

—¿Otra histérica como mis ex? Pensaba que serías diferente.

Al escuchar eso a ella le entró pánico y se arrodilló delante de él.

—Y lo soy… y lo soy…

Le agarró la mano libre y se la llevó a los labios para besarla.

—Al final sois todas igual de controladoras.

Aterrada, se elevó para sentarse a su lado. Empezó a decirse que por nada del mundo debía convertirse en una mujer igual a sus anteriores parejas. Ya sabía cómo habían terminado. Donde las otras habían fracasado, ella se obligaría a triunfar, porque no estaba dispuesta a perder a un hombre exclusivo como él.

Los pensamientos funestos acerca de ellos dos la hicieron llorar, esta vez con jipíos sonoros.

—Te pones así para que me sienta culpable. —Dio un brinco y fue a ir al frigorífico a por otra lata de cerveza—. ¡Qué cruel eres!

Ella se sonó la nariz.

—¡Noooo! Es que no puedo evitarlo.

Cruzó en dos zancadas la distancia que separaban ambas zonas para arrellanarse en la parte más mullida del sofá.

—Vete de aquí, no te aguanto más.

Ella se incorporó como la niña que se ha quedado sin cena por protestar y, desconsolada, desapareció por el pasillo para encerrarse en su habitación. Hundió la cabeza sobre la almohada para que él no oyera sus gritos desgarradores, cual animal herido.

Él la castigó con otros dos días de un silencio sepulcral, que no rompía ni cuando ella se postraba a sus pies para suplicarle perdón y rogarle que por favor le hablara o que, al menos, la mirara. Desoyendo sus súplicas, actuaba como si ella fuera traslúcida, un espectro a quien no podía ver ni oír.

La mañana de la tercera jornada volvió a ausentarse. Se esfumó del piso antes de que ella saliera hacia su trabajo. Se fue sin decirle a dónde iba ni a qué hora regresaría, o si acaso regresaría.

A las 14:15 escuchó la llave en la puerta de entrada. Ella permanecía rígida, sentada en el filo del sofá, con el móvil en la mano, pero sin atreverse a telefonearle ni a enviarle ningún tipo de mensaje

para no aumentar su hostilidad contra ella. Le dio un vuelco el corazón. No se movió. Solo respiró aliviada. Le escuchó atravesar la entrada hacia la cocina. Le fastidió el dichoso llanto a punto de brotarle de los ojos, así que se giró sobre sí misma para secarlo con disimulo. No se atrevió a pronunciar palabra alguna, ni siquiera a voltear los ojos en dirección a este. Aguardó catatónica los designios de su señor.

Él, silente, se agachó frente a ella. La empujó con suavidad para que se tumbara; le bajó el pantalón, tras este, el tanga y hundió su boca entre las piernas de ella, en busca de su sexo. Después se subió encima, le sujetó los brazos extendidos por detrás de su cabeza y la penetró con un deseo desbocado. Ella, encendida por el deseo, trató de desasirse para corresponderle.

—¡No! —le advirtió con voz firme.

Ella le obedeció diligente, deteniendo su intención en seco. Le entregó su cuerpo sin resistencia alguna y este la llevó varias veces al orgasmo mientras le susurraba:

—Eres mía, eres mía… Sé que es esto lo que quieres… Estoy aquí para dártelo… Todo, todo... Porque eres mía.

A ella solo le quedaba retorcerse de placer.

Esa noche, él le narró una historia bastante confusa, de la cual dedujo que el dueño de Toby, su mejor amigo, había muerto y el animal, de pena, también.

—Me enteré de ambas tragedias tarde y de golpe. —Ella le acariciaba el cabello—. Ante situaciones así, necesito apartarme para lamer mis heridas en soledad.

Ella, desnuda, lo abrazó entre sus senos, estremecida por la ternura honda de ese hombre vulnerable que no sabía gestionar sus emociones.

«Mi amor lo salvará», se dijo decidida.

No recordaba si le había preguntado por Toby cuando él se trasladó a convivir con ella, puesto que no llevó al animal consigo. Él tampoco le había vuelto a hablar de la salud de su amigo..., ¿o sí? ¿Seguro que no le había preguntado por el perro? Dudó de sí misma. Le resultó tan raro no acordarse que durante unos minutos dedujo que estaba comenzando a perder la memoria. «No es posible: soy demasiado joven. Será el estrés», se animó ante el miedo que la posibilidad de algún tipo de enfermedad degenerativa le causaba.

La felicidad en la cima de la montaña rusa sobrevenida tras aquellos cuatro días de infierno duró poco tiempo. Justo hasta una madrugada pocas semanas después. Tras mantener relaciones sexuales, ella, desfallecida, se dejó caer de costado encima del torso de él. Este la apartó con malas formas.

—Quita de encima, pesas.

Ella rio pensando que se trataba de una broma y tonteando volvió a posarse sobre él.

—¿No te enteras o qué? Te he dicho que apartes, pesas. ¿No ves que estás engordando?

Ella se retiró de su lado al comprobar que aquello no era un juego, sino otro de sus reproches, en esta ocasión menos velado que los anteriores, esas pequeñas quejas que ella toleraba argumentándose que todo el mundo tenía pequeñas manías o cosillas que le irritaban.

—Hasta mis ex siempre se han cuidado. Tú te estás dejando.

—No lo estarás diciendo en serio, ¿verdad? —le preguntó desconcertada.

—Mírate.

Le hizo un barrido con la vista. Ella, avergonzada por primera vez de su desnudez delante de él, se tapó con la sábana. Quiso retenerlo, pero la pena y la rabia consiguieron que el labio inferior le titilara, presagiando una inminente llorera.

—Llora otra vez, así lo solucionas todo. ¡Qué te gusta un drama!

Se dio media vuelta y se quedó dormido.

Ella no podía creer que después de aquel roce él roncara tan plácidamente. Pasó la noche en vela. «Esto sí tenemos que hablarlo, quiera él o no quiera. Ha traspasado una bandera roja y eso no se lo voy a permitir», se dijo con rabia.

Pero aquella sentencia no la ayudó a conciliar el sueño. Llevada por la desconfianza en su propio criterio sobre el estado actual de su cuerpo, se levantó y fue al cuarto de baño para pesarse. Efectivamente, el peso no engañaba, los mismos kilos que mantenía desde hacía más de diez años. Sin embargo, vaciló, tal vez había ensanchado, o estaría más blanda… Se prometió cuidar más lo que comía. Y sí, también marcar con él límites claros de respeto mutuo. Este asunto era grave y había que zanjarlo de raíz.

El amanecer despuntó y ella, insomne, se levantó, desayunó, se vistió, paseó a Milo y se marchó a trabajar. Él seguía durmiendo. No quiso despertarlo. Se entregaba tanto en las relaciones sexuales que entendía que estuviera agotado algunas veces. Y, además, temía que se enfadara si lo espabilaba para sacar lo de la noche anterior. Hablaría con él a la vuelta.

A su llegada, él había preparado un almuerzo exquisito, con flores, vino y *I've got you under my skin* de Frank Sinatra sonando en el equipo de música del salón. Le quitó el bolso, la agarró por la cintura y bailaron juntos mientras él le cantaba al oído. Estaba segura de que aquella era su forma de disculparse. Sabía que a él le costaba expresar verbalmente sus emociones. Así que no había nada que aclarar. Pero ella dejó la mitad de la comida en el plato y se quedó con hambre. A cambio, él correspondió su sacrificio con otra buena dosis de sexo de



calidad.

5

Odiaba llevar a su hijo en coche al colegio, prefería ir dando un paseo con él; pero, como se les había hecho tarde, no le quedaba otra alternativa. A esa hora el tráfico era un caos demencial. Tanto los padres, con sus endiabladas prisas al volante, como los peatones, con sus despistes, obvian las normas básicas de circulación; a ello se le añadía que él la acompañaba de copiloto.

Su destreza como conductora se había ido mermando con los años. Desde que él apareció en su vida, pasó de disfrutar con viajes largos por carretera a sentir pánico en un simple trayecto urbano. Aunque él nunca se había sacado el permiso de circulación, alardeaba de conocer las normas de conducción muchísimo mejor que ella; tanto que tenía la costumbre de señalar cada fallo minúsculo que ella cometía como una imprudencia gravísima. La desconfianza en sus propias habilidades había acrecentado de tal manera que le sudaban las manos nada más introducir la llave en el contacto. Esa falta de seguridad al final la llevaba a titubear en cada decisión insignificante; y a consecuencia de ello a sufrir algún que otro percance automovilístico, por el momento sin mucha trascendencia. Pero todo sumado corroboraba lo que él le reprochaba: que era muy mala conductora.

—Se te va a calar, se te va a calar… ¡Se caló! Te lo dije. ¡Cada día conduces peor! ¡Eres un desastre al volante! Como con todo lo que haces…

Notaba el corazón acelerado y un ahogo en el tórax. Así le asaltaban los ataques de pánico que sufría desde hacía tiempo. Pero tenía que controlarlo, no podía permitirse que otra debilidad más aflorara delante él.

—¿Pero no has visto a ese niño? ¡Frena, coño, frenaaaaa! ¡Casi lo atropellas! ¡Eres un peligro al volante!

Echó un vistazo a su pequeño por el retrovisor sujeto a la luna delantera. Ajeno a cuanto sucedía en los asientos delanteros entre sus padres, jugaba con sus muñecos de Capitana Marvel y Thanos, sus preferidos. Si le hubiera quedado un atisbo de dignidad, le habrían carcomido las humillaciones que su hijo presenciaba.

—¡Déjalo por aquí! No quiero estar cerca de esos cotillas. Son unos buitres hambrientos de carroña.

Detuvo el automóvil en seco. Sudaba. Aparcó algo retirada de la puerta del colegio.

—No te vayas a poner ahora de cháchara con tus amiguitas y me dejes aquí pasando calor.

Bajaron. Le dio la mano a su niño y empezaron a caminar, mientras el pequeño le iba charloteando algo que ella oía como en un murmullo

lejano. Miró hacia atrás para asegurarse de que, efectivamente, él se había quedado en el coche y no los seguía. Delante se le presentaba otro mal trago: una muchedumbre heterogénea formada por el alumnado, los docentes, hasta algunos abuelos, que ella experimentaba como una multitud amenazante. Intentó tragar saliva, pero tenía la boca y la garganta seca. Notaba que le faltaba el aire, le zumbaban los oídos y le oscilaban las piernas.

Al aproximarse, agachó la cabeza con la intención de esquivar las miradas de los conocidos dentro de esa masa informe y, de ese modo, no tener que saludar ni pararse a hablar con nadie. Con dificultad y algún que otro empujón, llegó a la cancela por donde se accedía a las aulas de Infantil. Le dio un abrazo a su niño y se giró, igual de taciturna, con la esperanza de atravesar la amalgama hostil sin ser percibida por nadie.

Su gozo en un pozo. Tuvo la mala suerte de toparse con una de las dos personas, de todas las que allí hormigueaban de un lado para otro, que más temía.

—Buenos días, preciosa —la saludó Julia.

—Hola.

La abrazó y le plantó dos besos de abuela, uno por mejilla. Ella no correspondió a su efusividad, pero tampoco se apartó. Cerró los ojos durante un segundo y, si no fuera porque sabía que su corazón se había vuelto piedra hacía mucho, hubiera pensado que ese trozo de músculo atrofiado aún vibraba al contacto de quien había sido su mejor amiga desde niña. ¡Cuánto la había querido! Hasta que *el incidente* lo pudrió todo.

Julia era la única de su pandilla que todavía le dirigía la palabra. Tal vez ayudaba que vivían muy cerca la una de la otra y que sus hijos, además de coincidir en la misma clase, habían congeniado desde el principio. La relación de ambos críos parecía una réplica exacta de la que ellas dos habían mantenido durante décadas. Sin embargo, pese a la insistencia diaria de su examiga para que, al menos, desayunaran juntas una mañana, no recordaba cuándo fue la última vez que se tomó algo con ella ni la última que hablaron largo y tendido. Como en aquellas madrugadas de su juventud, cuando los primeros rayos de sol las descubrían a una al lado de la otra, entre confidencias.

—¿Estás bien? —le preguntó Julia con una sonrisa en los labios y la preocupación en los ojos.

Hizo un barrido rápido sobre el cuerpo de ella y esto provocó que su mirada se oscureciera más.

—Sí, claro —le respondió seca y deseando huir del foco de atención de Julia.

Se apartó para reanudar su camino. Lanzó una ojeada a lo lejos, para verificar si él alcanzaría a verlas desde el aparcamiento.

—Se ve que le has cogido gusto a los pañuelos —rio maternalmente y con suma tristeza—. Con el calor que hace hoy, mujer…

Ella se llevó la mano derecha hacia la garganta, temerosa por que se le hubiera movido el trozo de tela y hubiera dejado al descubierto el collar negro con cadena.

—Me tengo que ir…

Y se marchó en dirección al coche. No volvió la cabeza. De haberlo hecho, hubiera comprobado que, quien había sido su amiga, continuaba allí, clavada, observándola, hasta que su imagen entre el tumulto desapareció por completo de su campo visual.

Julia no lograba entender por qué ella vestía esas camisetas negras y esos vaqueros largos que le quedaban tan grandes y la estarían asando de calor. La recordó con los vestidos frescos y floreados con los que se engalanaba en verano, y sus labios rojos en aquella carita alegre de niña. Ahora la extrema delgadez y unas ojeras moradas ensombrecían su rostro, pero, a pesar del deterioro evidente, aún le seguía pareciendo bonito.

La notó más nerviosa que de costumbre. Conocía por Guille, su compañero en la protectora, que estaba de baja laboral. Como también sabía que, aunque ella la saludara y se dejara abrazar, desde el despreciable *incidente* había perdido a su mejor amiga para siempre. ¡Qué daría por recuperarla! Julia discrepaba de la actitud unánime del grupo: retirarse de ella y ya está, porque esta, según decían, lo había querido así. Solía confrontar la opinión generalizada de estos en la cual señalaban a la antigua integrante como la única responsable del distanciamiento, manifestando que estaba segura de que ocurría algo más que ellos no lograban averiguar que esclarecería el alejamiento de su amiga. Y Julia, en su fuero interno, señalaba a un solo culpable: él.

En lo más hondo de su alma intuía que ella, aunque se mostrara fría y huidiza, los necesitaba, más que nunca. Escuchaba sus gritos mudos. Últimamente, percibía en esa mirada esquiva y en ese nerviosismo casi enfermizo un augurio aciago que la desolaba. Pero había interpuesto una barrera tan infranqueable que le resultaba imposible traspasarla, a pesar de sus incontables intentos.

Esa mañana en particular se fue mucho más intranquila de lo normal a su casa.

Se montó en el coche. Por el ceño fruncido de él enseguida supo que las había estado vigilando.

¿Qué coño quería la bruja esa? ¡Seguro que te ha estado malmetiendo contra mí! Tú pareces que no te enteras o que eres tonta. Nos quieren enfrentar, ¿no lo ves?, cuando soy yo el único que está contigo. ¡Te han dejado sola! ¡Sola! ¡No te quiere nadie, ni tus putos amiguitos ni tu puta familia! No te quiere nadie, ¿te enteras? ¡Solo me

tienes a mí!

Apretó los dedos al volante para que él no sospechara que le temblaban. La tristeza sepultada le bullía de tal forma por dentro que hubiera necesitado quedarse allí sentada y llorar, hasta secar la última gota de agonía alojada en su interior. Pero no podía. No soportaría ni una sola vez más cómo él le repetía que era una dramática, una victimista.

6

Las triangulaciones con otras mujeres no tardaron mucho en surgir. Previamente él había empezado a inocular gota a gota en la mente de ella una dosis considerable de inseguridad sobre su cuerpo.

Algunas alarmas sonaban con bastante insistencia en su interior, pero ella las acallaba una por una. Porque no cabía en cabeza humana, y menos aún en la suya, tan enloquecida por la pasión, que alguien pudiera herir a la persona querida intencionadamente, y él, sin el menor atisbo de duda, la amaba.

Se argumentaba que qué hombre que no sintiera un amor auténtico por su compañera podría ser tan desinteresado en el sexo como él lo era con ella. Y qué decir de los detalles que tenía, de la complicidad entre ambos… A sus deducciones colmadas de lógica, según su criterio, había que sumarle que la idea de encontrar rasgos de maldad en otra criatura no encajaba dentro de sus valores. Desde muy niña consideraba que todo el mundo era bueno y que, si alguien procedía con vileza, seguro que era por algún trauma infantil o situaciones duras por las que hubiera tenido que atravesar. Por descontado, estas carencias serían reversibles. Puesto que no había nada mejor para curar a esas pobres almas descarriadas como ofrecerles grandes dosis de compresión y cariño.

Por supuesto que, a veces, sus comportamientos eran manifiestamente mejorables; pero ella se hallaba colmada de una cantidad ingente de ternura en su corazón, en especial para él, de quien estaba enamorada hasta los tuétanos. Y ese afecto limaría esas conductas tan lesivas como esporádicas.

No le pareció adecuado hablar con sus amigos de los contratiempos, infrecuentes, con él, porque ninguno de ellos lo comprendería. A ella le preocupaba que dejaran de verlo como el hombre encantador que era (herido, sí, pero con muy buen fondo), y si les narraba aquellos asuntos sin importancia distorsionarían su percepción sobre él. Y ella no quería ser la responsable de esa posible tergiversación de la realidad. Ni siquiera se lo había contado a Julia, su confidente, aún, por aquel entonces. Sabía que su amiga era, quizás, una de las criaturas más empáticas y razonables que había sobre la tierra; pero también que sacaba las garras si se trataba de proteger a los suyos, en especial a ella, a quien consideraba como a una hermana. Y lo que en un principio pudiera servirle de desahogo al final se tornaría en su contra, porque conocía a Julia a la perfección y esta no se andaría con tientos con él.

Nadie estaba entre ellos dos en los momentos de intimidad, cuando él le abría su alma de niño, y sus amigos no habían tenido tiempo de

adentrarse en su espíritu bondadoso; por tanto, a ninguno podía transmitirle sus momentos fugaces de desazón sin que lo prejuzgaran a él, su amado.

Una de esas conductas mejorables de él despuntó una tarde, cuando ambos se dirigían al parque con Milo. De vez en cuando, al caminar por la calle juntos, él avanzaba un par de pasos por delante de ella. Esta, burlona, le reprochaba que parecía su concubina y él, ante la observación cariñosa, solía aflojar la marcha y continuar el paseo a su lado. Se excusaba en que, al ser más alto, andaba más deprisa, que la dejaba atrás sin darse cuenta.

Sin embargo, este proceder se dio nuevamente.

—Espérame, por favor, que parecemos dos extraños —le reprochó ella de manera suave, aunque aquella situación, por reiterada, ya le empezaba a molestar bastante.

—Es Milo quien me lleva a este ritmo, cariño —se excusó sin detenerse.

La escena que se proyectaba ante sus ojos era bien diferente a la que él acababa de exponerle. Era él quien tiraba del collar del pobre animal, mientras que este miraba a su dueña queriendo ir con ella.

Ella accedió a la zona de perros un par de minutos después que ellos dos. Milo ya jugaba con sus amigos, pero detuvo su actividad para correr en busca de su dueña. Le refregó la cabeza por la pierna, esperó a su caricia y se marchó para reanudar su entretenimiento con las otras mascotas.

Ella miró en derredor buscándolo. Le costó divisarlo. Al final lo localizó en el extremo opuesto de la zona acotada, apartado y de difícil visibilidad.

Se acercó con una sonrisa. Él hablaba muy animado con la propietaria de un bichón maltés, una mujer joven que había empezado a acudir allí hacía menos de un mes. Nunca había charlado con ella, así que le pareció una buena oportunidad para conocerla. Cuando estuvo al lado de ambos, él no la miró, la trató como si no la conociera de nada. Ella se sintió como una intrusa ante una pareja de extraños. Frenó su impulso de interrumpirlos. Se quedó parada, dubitativa, porque no sabía cómo entrar en la conversación que mantenían. Aguardó unos segundos eternos a que su compañero le presentara a su interlocutora. Nada.

Observó a la chica. A simple vista, también tendría bastantes años menos que él. Estaba enfundada en unas mallas y en un top de tirantas muy ajustado. Sonreía con mucha coquetería, o al menos así lo percibió ella. Él le correspondía con un galanteo poco natural, que no había desplegado ni al principio del cortejo con ella. Entendió que estaba fuera de lugar. Muerta de celos, pensó que era mejor alejarse.

Cabizbaja, llegó hasta donde se encontraba el resto de los dueños.

Uno de ellos, un señor de unos sesenta años, que la conocía de sobra tras incontables tardes de encuentros perrunos y que sabía que ella trabajaba en una protectora, se le aproximó para preguntarle unas dudas con respecto a un seguro que iba a contratar para su labrador. Ella le respondió encantada. Le gustaba ayudar y siempre le resultaba placentero hablar de cuestiones relacionadas con su trabajo. En esas circunstancias, además, también le ayudaba a apartar su atención de la imagen del flirteo entre él y la atractiva chica. Aunque la intranquilidad que la situación le provocaba en el estómago no se le pasó.

Seguía conversando con el caballero cuando, sin oírlo acercarse, sintió un toque de atención en el brazo.

—¡Llama a Milo! ¡Nos vamos!

Ella dio un respingo y se giró.

—Voy —le sonrió ella forzada, por cortesía a su interlocutor.

Él la miró con fiereza.

—¡Ya!

—Disculpe… Tengo que irme.

El señor se preocupó.

—¿Va todo bien? —preguntó.

Llamó a Milo, que fue corriendo hasta ella.

—Sí, no se preocupe… Es que ya es tarde… —Elevó el labio inferior, pero no alcanzó para dibujar una sonrisa en su cara.

Amarró al animal y se encaminó hacia la puerta de salida, a paso rápido, porque él la esperaba apostado junto a esta, sin disimular un enfado monumental.

—¿Qué leches hacías con ese tipo? —le gritó cuando aún le faltaba un par de metros para alcanzarlo.

Un sudor frío le bajó por la nunca y le recorrió la espalda.

—Solo me ha preguntado por un seguro…

Traspasó el umbral junto a Milo y él cerró con fuerza la cancela tras ellos.

—¡Estás ciega! ¿No ves que solo piensa en metértela?

Avanzó con premura, llevado por la ira.

—Pero… —Sintió repugnancia—. ¿Cómo puedes decir esas cosas…? —Ella lo seguía sin conseguir alcanzarlo—. Lo conozco desde hace años. Está casado. Siempre ha sido muy amable y cortés conmigo… No entiendo por qué te pones así.

Él frenó, se viró y ella pudo ver sus ojos enrojecidos de cólera. Asustada, notó que le castañeaban los dientes.

—¡Me estabas dejando en ridículo! Pero, claro, tú cómo ibas a saber cómo os miraba el resto si no dejabas de calentar al viejo.

—¿Qué estás diciendo? ¡Por Dios!

—Das vergüenza.

—Pero…

—Vamos, anda, vamos.

Estaba tan confusa que le resultó imposible moverse.

—No entiendo nada, la verdad. Te enfadas conmigo porque un señor mayor me estaba preguntando sobre un asunto de mi trabajo mientras tú sí que coqueteabas abiertamente con la de las mallas ajustadas.

Él se colocó enfrente. A ella le pareció como si este, de repente, hubiera crecido varios metros o ella hubiera menguado.

—¿Pero de qué hablas? ¡Estás loca!

—¿Me vas a decir que no coqueteabais los dos?

Levantó la parte izquierda del labio superior exhibiendo el colmillo y negó con la cabeza.

—Estás loca y me quieres volver loco a mí. Encima que me dejas en ridículo delante de todos babeando con el puto viejo ese, me acusas de lo que tú estabas haciendo. ¡Estás desquiciada!

Le quitó la correa de Milo de la mano y empezó a andar todavía más aprisa. Ella, por más que aceleró el paso, no consiguió alcanzarlo, así que corrió tras de él.

—¡Espera, espera…! —le gritó.

Él continuó a lo suyo, como si no la oyera. Pero ella lo alcanzó y se abrazó a él por detrás.

—Perdóname, por favor, perdóname —le suplicó sin poder contener el llanto.

A la mañana siguiente cuando se despertó, él no estaba en el piso. Durante la jornada de laboral estuvo descentrada mirando su teléfono a cada instante por si recibía alguna noticia de él.

En su mente se proyectaba en bucle la escena completa del día anterior. Él tenía razón, ella le estaba acusando sin pruebas. Le mandó un mensaje bastante largo disculpándose por lo ocurrido.

Después se analizó exhaustivamente por si en realidad ella estuviera insinuándose sin ser consciente al hombre del parque. Tras concluir que cabía esa posibilidad, le envió un segundo mensaje, en el que se culpa y le pedía perdón de nuevo. Ambos los dejó en visto.

Cuando llegó al piso, comprobó que él había estado allí. Revisó cada rincón por si hubiera dejado una nota. Miró en la mesilla de noche y en el suelo, alrededor, por si se hubiera caído con el viento. Se metió por debajo de la cama, rebuscó detrás de las cortinas. Repasó los espejos de los baños. Nada. Tampoco en la puerta del frigorífico, donde muchas veces se dejaban frases ardientes pegadas en pósits de colores.

Se había ausentado, sí, pero esta vez era diferente, tenía un motivo. Un motivo de gravedad. Estaba muy enfadado con ella. Y con razón.

Calentó el almuerzo deprisa y vistió con esmero la isla de la cocina,

donde solían comer. Y lo esperó. La comida se enfrió aguardando su regreso. Quería telefonearle, garantizarle que no volvería a suceder. Necesitaba saber que la había perdonado. Pero no se atrevió. Se negaba a ser tan controladora como sus dos parejas anteriores. No, ella triunfaría. Porque ella sí que daba libertad a las personas, le salía naturalmente porque nunca había sido posesiva ni celosa. Ese no era uno de sus puntos débiles, así que estaba muy tranquila al respecto.

Tiró el contenido recalentado de los platos al cubo de la basura, porque fue incapaz de probar ni un bocado. Notaba el estómago como si estuviera poseído por una jauría de lobos devorándola desde dentro. Le costaba tragar su propia saliva. Recogió la cocina por si él retornaba antes. Le irritaba el desorden en el piso, y a ella le gustaba complacerlo, pese a ser, desde siempre, más desordenada. Se despidió de Milo, que roncaba tumbado en su colchón, cogió su bolso y se marchó a la protectora para completar el resto de la jornada partida.

Durante las tres horas que permaneció en su puesto, ojeó cada cinco minutos su móvil. Nada. Ni un mensaje, ni una llamada. La angustia empezó a oprimirle los pulmones, segura de que en esta ocasión él sí se había decidido a abandonarla. Se maldecía una vez tras otra. ¡Cómo había podido ser tan idiota, tan insensata? Le desconsolaba la idea de haberlo perdido para siempre.

«Otro mensaje más. El último», se dijo.

Por lo que más quieras, contéstame, por favor. Solo dime que estás bien.

Esta vez ni lo abrió.

A las ocho de la noche arrastró los pies hasta su hogar. Un hogar vacío sin él. No lo aguantaría. Cuando salió del ascensor, vislumbró luz por debajo de su puerta. El corazón le dio un vuelco, pero no quiso ilusionarse porque, con sus despistes, tal vez se la había dejado encendida.

La llave se le resbalaban en la mano y le costó atinar para introducirla en la cerradura. Al abrir, él estaba en la entrada amarrando a Milo para salir a pasear. Ella respiró aliviada.

—Hola… —titubeó, escudriñando en su rostro por si encontraba alguna señal que le indicara si continuaba furioso con ella.

Él no respondió al saludo. Pasó por su lado y se dispuso a salir. El animal frenó, aguardando a que su dueña se uniera a ellos.

—Espera, que voy con vosotros.

—No —respondió él tajante y le cerró la puerta en las narices.

Escuchó un leve quejido de Milo al otro lado, el mismo que en su corazón. Era la primera vez que no lo paseaba ella. Con el bolso colgado del hombro y las llaves en la mano, las piernas le flaquearon y se cayó en el descansillo de la entrada al piso.

No pudo calcular cuánto tiempo se llevó allí sin poder articular movimiento alguno. En su cabeza, pasaba una vez tras otra la película de lo ocurrido desde el día anterior. Cada detalle. En ella buscaba una escapatoria a ese malestar profundo que la ahogaba.

El sonido de unos arañazos en la puerta y los ladridos de Milo la sacaron de su ensimismamiento. Le abrió. El animal entró corriendo, buscando las caricias de su dueña, con la correa colgando al cuello. El miedo en ella se multiplicó, temiendo que se le hubiera escapado y que él llegara colérico.

Pero no apareció. De nuevo tres días, con sus noches, sin pasar por el piso.

Durante las madrugadas de insomnio y cavilaciones, concluyó que esa vez había traspasado un límite infranqueable. Ella le había pedido perdón y él se lo pagaba así. Decidió finalizar la relación con él. Pero no se lo comunicaría por mensaje ni con una llamada, se lo diría cara a cara. Porque él regresaría, de eso no le cabía duda.

7

A ver hasta cuándo te dura el cuento este. ¡Depresión dices! ¡Qué sabrás tú de lo dura que es la vida, si te han criado entre algodones! ¡Puta mimada! ¿Y dónde está tu familia, eh? Tanto defenderlos… Tanto alardear de lo mucho que te quieren… ¿Dónde están, eh? Estás sola. No te quiere nadie. Solo me tienes a mí, a mí, a mí… ¿Y ahora qué coño te pasa?

Bajo su perorata, que lanzaba contra ella a modo de pistola ametralladora, rebuscó las llaves del piso dentro de la mochila. Estaba visiblemente nerviosa, porque temía haberlas olvidado nuevamente. Las encontró y experimentó un gran alivio al librarse de la consiguiente monserga. Accedió sin ganas a su, mal llamado, hogar; con la misma abulia con la que lo había abandonado hacia veinte minutos. El silencio plomizo la golpeó en medio en el esternón, como un cañonazo. Arrastró los pies hasta el dormitorio conyugal, con pasos cortos, como si una herropea le prendiera los tobillos.

Él la siguió. Se plantó a su lado mientras ella se cambiaba de ropa. Acometió la ardua tarea de desvestirse, apartada del espejo de cuerpo completo, en un ángulo en el que este no le devolviera su imagen. Colocó con cuidado sobre el galán de noche la camiseta, el pantalón y el dichoso pañuelo. Hubiera deseado revolear las prendas sobre la cama o por el suelo, como tenía por costumbre hacer antes de que él empezara a convivir con ella. Se descalzó y situó las dos zapatillas deportivas milimétricamente en paralelo y a los pies del galán. Abrió el segundo cajón de la cómoda para extraer de él un conjunto de algodón compuesto por unas calzonas y un top de tirantas. El frescor de ambas prendas la alivió. Se calzó unas chanclas.

Él vigilaba su ajetreo con una expresión evidente de desprecio en la cara, pero no criticó su indumentaria. Dentro de las cuatro paredes del piso, ella se podía permitir ciertas y limitadas licencias en su atuendo.

Para tener una visión amplia de sus movimientos, él se sentó en uno de los bancos alrededor de la isla de la cocina. Esta, por su lado, mientras calentaba en el microondas el café descafeinado que no le había dado tiempo a beberse antes de llevar a Álex al colegio, levantó la persiana de la terraza para que entrara un poco de luz.

¿Y esa qué, eh? ¿Qué, ha vuelto con sus mentiras? ¿Te ha comido otra vez la cabeza en mi contra? Es una embustera, igual que los otros. La que presumía de pandilla… Pues ya lo has visto: son una panda de mierda, eso es lo que son. Te tenían comida la cabeza. Menos mal que llegué yo para abrirte los ojos…

Ella, intentando no enfocarse en las palabras que él le lanzaba como proyectiles a bocajarro, fregaba las tazas, las cucharitas y los

platos del desayuno con manos trémulas, teniendo mucho cuidado de que no se les resbalaran entre los dedos mojados y sin fuerza. Los depositó, una vez enjuagados, encima del escurreplatos para que se secaran.

¡Mira que siempre te lo digo! Eres transparente. Se te ve venir a leguas y la gente sabe mucho, se aprovechan de ti. Eres tan fácil de manipular… Menos mal que diste conmigo, menos mal. No sé qué puñetas habría sido de ti sin mí.

Guardó el azúcar en el frigorífico, la leche en el mueble bajo, al lado del horno, y tiró el envase de cacao, recién abierto, a la basura, sin ser consciente de que cuando volviera a necesitarlos se desquiciaría buscándolos. Trastearía dentro de los muebles, desesperada por no encontrar, una vez más, las cosas en su sitio.

El murmullo constate de él la descentraba, le hacía perder la conexión con la realidad. Como si su voz la hipnotizara y la sumergiera en otro mundo. Como si con sus palabras hubiera tejido una telaraña donde ella había caído y de donde no conseguía escapar.

Necesitó un buen rato para recordar dónde había puesto la escoba y el recogedor la última vez que los había utilizado. Al fin dio con ellos. Muy despacio y baldosa por baldosa, para no dejarse ninguna miga ni pelusa atrás, barrió el suelo de la cocina y el salón contiguo a esta.

Que no me entere yo de que quedas con esa, ¿me oyes? Y nada de mandaros mensajitos a mis espaldas. La calé desde el principio. Tiene celos de lo nuestro y siempre ha querido separarnos. Ya sabes lo que pasó. Como para fiarte de una arpía así.

Como era temprano, había que aprovechar y abrir las ventanas durante un rato para que el piso se ventilara. A partir del mediodía, el sol pegaba tan fuerte que tendría que volver a bajarlas para proteger el interior de la ola de calor.

Comenzó por el dormitorio de Álex. Al haber permanecido cerrado a lo largo de la noche, olía a él. Una lanza de amargura le atravesó las entrañas, justo donde lo había acunado aquellos nueve meses de ensueño, ahora tan lejanos. Aprovechó para hacerle la cama. Al ahuecar el interior de la almohada, se quedó unos minutos abrazada a ella, respirando el aroma de la cabecita de su pequeño. Ante ello, otra arma candente le asestó en medio del corazón. Consciente como era de que ni su pequeño ni el amor abierto en canal por él en el pecho lograban arrastrarla fuera de la mazmorra donde se hallaba presa.

Había perdido la cuenta de las veces que él se había plantado frente a ella, sin que pudiera verlo. Percibía su presencia e, incluso, en algunos momentos, alcanzaba a oírlo, pero le resultaba imposible prestarle la atención que él requería. Entonces, el niño se enfadaba al notar la frecuente ausencia mental de su madre.

—Mami, ¿por qué no me miras? —le reprochaba.

—Claro que te miro, cariño —le respondía ella, haciendo un esfuerzo enorme, como quien recorre en un segundo una distancia sideral.

—¡No! No me estabas mirando. —Se irritaba con los ojos cargados de lágrimas y frustración.

Esa frustración hacía de espejo a la suya e, impotente, arremetía contra este, molesta también; porque se hallaba tan lejos de allí, de él, que no sabía cómo crear conexiones comunicativas de calidad entre ambos.

—¡Pues claro que te escucho!

Estos desencuentros maternofiliales solían acabar con el niño enojado y llorando, y con la madre apretando los dientes para reprimir el suyo, porque, una vez desbocados, no podría detenerlos, y se sentiría terriblemente culpable, por enésima vez.

Lo amaba más que a nada en el mundo, de eso no le cabía duda, pero temía que ese sentimiento, amordazado, no llegara a su destinatario y que este solo la percibiera como una madre ausente de cuerpo presente.

A la amalgama de pensamientos que la carcomían se le sumaba la certeza de que no estaba ejerciendo una maternidad saludable. Le atormentaba percatarse de que sus carencias presentes en un futuro se convertirían en perjuicios para Álex. Sin pretenderlo, y sin poder evitarlo, estaba causándole sufrimiento. Porque ella era una enferma mental que únicamente traía problemas a quienes la rodeaban. Solo existía una escapatoria, una forma de romper aquel círculo vicioso que auguraba el peor de los presagios para su hijo: dejar de existir, esfumarse de la vida de este.

Y entonces, cuando alcanzaba esta conclusión, se le manifestaba nítida la carita de su niño, tan desvalido sin ella… Y una punzada le encogía el alma.

Aunque siempre le quedaría su padre. Él quería a Álex con locura. Le prodigaba grandes muestras de cariño y el pequeño le correspondía con grandes dosis de adoración.

El solo hecho de pensar que cupiera la posibilidad de no estar presente en la vida de su hijo le estrangulaba el nudo que ya de por sí le asfixiaba en la garganta. Puesto que, además de aquel estúpido collar, sentía como si llevara una soga al cuello que, tropiezo tras tropiezo, pisaba, y que le oprimía cada vez más alrededor de este.

8

La decisión firme de terminar la relación con él titubeó a lo largo de los tres días de espera sin noticias suyas. Casi no comió ni pegó ojo. La mayor parte del tiempo transcurrió con Milo sentado a su lado, apoyando la cabeza sobre su regazo. Ella lo acariciaba maquinalmente mientras su mente le exponía los posibles escenarios, a cuál más desolador.

La posibilidad más factible y que le infundía una calma breve era que se hubiera aislado en casa de algún amigo hasta que se apaciguara el enfado contra ella. De oídas, sabía de la existencia de un par de colegas de su trabajo con quienes solía quedar alguna vez para tomarse unas copas; pero nunca los había conocido en persona y tampoco disponía de sus teléfonos. «No creo que te caigan bien. Son los típicos brutos», argumentaba él para disuadirla. «Son tus amigos… Seguro que me caen bien», le rebatía ella. «Ya sabes… son los típicos machitos que van de sobrados, y no te vas a sentir cómoda, cariño. Y si tú no estás a gusto, yo tampoco lo estaré». Con aquella sentencia, y un beso en la frente, zanjaba los intentos de esta por entrar en su círculo cercano. Y a ella, que respetaba su libertad, no le pareció correcto solicitarle sus números de móviles, por si surgía alguna emergencia, porque entendía que esta iniciativa debería partir de él. Pero nunca lo hizo.

La otra opción, que la angustiaba a tal extremo como para apartarla de sus pensamientos, era que hubiera sufrido algún accidente. Lo más factible sería un atropello, porque él no conducía y ni siquiera tenía coche. Del parque a su piso no había un trayecto demasiado largo, y si hubiera ocurrido algún percance ya le habría llegado la noticia por algún medio. Estas reflexiones la tranquilizaban hasta que a su mente asomaba la imagen de su cuerpo ensangrentado y tirado en la calzada. Estuvo tentada varias veces de llamar al hospital y preguntar por él, pero recordó que la simple sugerencia lo había encolerizado con anterioridad.

¿Y si hubiera hecho un recorrido más largo? Él solía desplazarse en tren. Aunque quedaba descartado que hubiera ocurrido algo porque, nada más empezar a inquietarse por él, encendió la televisión y sintonizó un canal de noticias de veinticuatro horas.

¿Tanto le costaba un mensaje para que ella no se preocupara? Le enfadaba ese comportamiento tan egoísta de él.

Y la última hipótesis, la que más la atormentaba, radicaba en pensar que se veía con la fulana de las mallas. Se los imaginaba fornicando como conejos, sin descanso ni para prestar una mínima atención a los intentos desesperados de ella por comunicarse con él.

«¡No importa el motivo!», se ratificaba.

No comprendía cómo su pareja, el hombre que la amaba con locura, la estaba sometiendo a aquella tortura. Tortura reiterada, para colmo. Porque lo cierto era que ella no se merecía pasar por el tormento de horas y días de espera sin saber cuándo iba a aparecer. O si aparecería.

Suponía que volver sí tendría que volver a por sus cosas. El hecho de saber que lo vería de nuevo, aunque fuera unos minutos, le infundía un regusto parecido a la felicidad. En realidad, él poseía escasas pertenencias. Cuando se mudó a su piso, todas ellas le cupieron en un macuto.

Necesitó hablar con Julia para desahogarse con ella, para desgranarle aquel maremágnum de pensamientos que la martirizaban; pero temía que ella, su mejor amiga todavía por aquel entonces, no entendiera cuánto la amaba él. Si le contaba aquel hecho aislado o alguno de los errores anteriores tal cual habían sucedido, Julia lo prejuzgaría. Y él era mucho más que aquellos fallos eventuales. Sin embargo, de nada serviría que ella le desmenuzara a su confidente los gestos de él con ella, porque así, sueltos, descontextualizados, carecían por completo de matices. Por mucho que le describiera, Julia no podría sentir como ella el embrujo de estar bajo su mirada de deseo, ni el roce de sus caricias, ni dejarse rodear por esos abrazos que le devolvían el aliento; como tampoco sería capaz de describirle cómo se entregaba él en el sexo, cuando la convertía en su diosa.

No, su amiga se quedaría solo con lo superfluo: que él la había dañado. Y es que, desde niñas, Julia se había erigido en su protectora, porque no toleraba que nadie la hiriera. Aunque ella protestaba y le recordaba que sabía cuidarse por sí misma, sabía que no llevaba mala intención en su comportamiento, sino que se movía por un férreo instinto maternal hacia quienes quería.

Además, existía un precedente: al mes y medio de que empezara a salir con él, cuando todavía quedaba a solas con su pandilla, mantuvo una conversación con Julia en la cual esta le avisó de varias banderas rojas que había visto en este. Ella, muy molesta, las rebatió con una vehemencia que rozaba la agresividad. Julia entendió que, si quería conservar la buena sintonía entre ambas, debía ser más prudente, y aprendió a guardar silencio ante las alarmas que le saltaban con el novio idealizado.

Cuando, al día siguiente, ella se reunió con él, seguía tan compungida por el ataque gratuito de su mejor amiga que necesitó sincerarse y narrarle la charla al detalle.

—Sus palabras fueron puñales por la espalda.

—Nadie me conoce como tú. —La premió él con un beso en la frente—. Te lo digo siempre. No me cansaré de advertirte de lo

envidiosa que es la gente. Y tu grupo, lamento mucho ser yo quien te lo diga, cariño, no es una excepción. Las personas persiguen toda su vida un amor como el nuestro. Les frustra que nosotros lo hayamos encontrado y ellos no, por eso intentan destruirlo. —A ella esa evidencia de la realidad le partía el corazón en añicos—. Fíjate y verás cómo con el tiempo me das la razón.

Al final, acababa refugiada entre sus brazos, gimoteando como una niña perdida en una selva plagada de bestias.

Sí, le dolía reconocerlo, pero había visto esas actitudes en su pandilla en general, también en Julia. Así que sería mejor callar este nuevo desplante de él. Lo solucionaría sola y a su manera.

9

Él le estaba dando unos segundos de respiro.

Entró en el dormitorio conyugal. Lo que más ansiaba era acostarse, reemprender el sueño; pero, si se doblegaba a sus ganas, él la machacaría llamándola vaga. Subió la persiana y abrió la ventana, sin descorrer las cortinas, porque cuando lo hacía le daba la impresión de exponer su intimidad al resto del vecindario. Últimamente, las personas la abrumaban, puesto que le inquietaba que se quisieran inmiscuir en su vida para después chismorrear sobre ella.

También le alarmaba estar convirtiéndose en una paranoica. Él se había percatado antes que nadie, antes incluso que ella, de que debía sufrir algún tipo de trastorno psicológico. «No recuerdas las cosas tal como han pasado. Distorsionas la realidad», le hacía ver él ante acontecimientos nimios o grandes. Ella, rendida ante la evidencia, acabó asimilando que él aprehendía los hechos de forma objetiva y parcial. Pero, efectivamente, como él le señalaba muy a menudo, ella carecía de una emocionalidad desmesurada, lo que le llevaba a ser muy subjetiva en su percepción del mundo real, imaginando conversaciones o escenas que no habían existido (al menos no como habían discurrido). Así que dudaba, siempre dudaba, sobre qué era producto de su mente enfermiza y qué no.

El móvil, que se estaba cargando sobre la mesita de noche, empezó a iluminarse. En la pantalla apareció el nombre de Julia. Corrió a cortar la llamada. Julia insistió. Y ella la detuvo antes de que llegara a sonar. Alarmada, miró alrededor para asegurarse de que él no lo había oído. Julia, al ver que no le respondía, comenzó a enviarle mensajes. Ella los abrió sin contestarle, simplemente para que no se quedaran marcados y él no se percatara del aviso luminoso. Silenció el dispositivo antes de que él regresara.

Hubiese preferido apagarlo por completo, pero en cualquier instante podrían avisarla del colegio de Álex, ya que en los últimos meses había vuelto a orinarse encima. Había aprendido a usar la escupidera antes que la mayoría de los niños de su edad, pero un día, sin venir a cuento, retornó a las incontinencias.

«Lo hace por despiste —la había tranquilizado su maestra ante la inquietud de ella—. Se distrae jugando con sus compañeros, eso es todo. Son fases, mujer, ya se le pasará». Aunque a ella sí le preocupaba, y mucho. Había leído sobre el asunto en internet. Muchos expertos opinaban que el hecho de que esta etapa superada de la infancia se revirtiera indicaba alguna dolencia física o psicológica en los pequeños. Por tanto, a ella le suponía una angustia más, sumada a las que ya cargaba. Algo en su interior le advertía de que se trataba de

una afección auténtica y discrepaba del razonamiento de la maestra. En su fuero interno sabía que su hijo estaba absorbiendo la problemática situación conyugal y la somatizaba de ese modo. A consecuencia de ello, se culpaba por no saber ni poder mantenerlo a salvo de una familia insana y tampoco de ella misma, una madre desquiciada, cuando lo que más quería proteger, aunque le costara la vida, era a su pequeño, al que había albergado en su vientre con un amor que nunca había sentido por nadie.

Notó el aliento de él sobre su nuca y se le erizó la piel. Dio un brinco y se heló por dentro al comprobar que él se había percatado de los mensajes de Julia.

Sé que siempre has desconfiado de mí. En el fondo crees a la mentirosa esa. A la vista está, porque has vuelto a sus garras. Es una manipuladora, te tiene controlada. Y tú no haces otra cosa que correr hacia ella, como su perrilla fiel. ¡Qué poco te valoras! ¡Das pena!

Pero no era cierto. Desde *el incidente*, ella había roto por completo la relación con Julia. Aunque esta nunca lo aceptó y siguió intentando recuperar a quien consideraba como su hermana. Y el universo parecía confabular a su favor.

Los hijos de ambas habían nacido con meses de diferencia y, como residían en la misma barriada, por zona, les tocaba el mismo colegio. Esto hizo que coincidieran casi a diario. Al principio, ella se mantuvo distante, como si se dirigiera a una persona totalmente extraña; pero Julia se sirvió de este giro de los acontecimientos para emprender un acercamiento paulatino y constante. Sabedora de que no recuperarían la intimidad de antaño, le valía con estar cerca de ella, tratarse con cordialidad y con el compañerismo propio de las madres de un mismo grupo de alumnado.

Y así, paso a paso y cada vez que olía la oportunidad, Julia le fue ganando terreno a su frialdad. Primero, se ofreció para recoger a Álex si alguna vez ella o el padre del pequeño no podían personarse a tiempo. Aprovechando, además, que los dos niños se querían tanto (al igual que ellas hasta que él se interpuso entre ambas), solía llevárselo a su casa a almorzar y a que pasaran la tarde juntos. Julia también le brindó su ayuda para pasear a Milo si ella o Álex estaban enfermos y él, desaparecido. Aunque la que fuera su amiga no se lo confesara, ella lo intuía.

Asimismo, la proximidad vecinal entre ambas animó a Julia a decirle que le dejara una copia de sus llaves, porque sabía que las olvidaba con frecuencia.

Ella, inicialmente, dudó. Aunque ambas sabían de forma tácita que Julia no se asomaría por el piso mientras él estuviera allí, el monstruo de los celos reapareció. Cierto era que habían pasado ya varios años desde *el incidente* y que se la veía feliz con Pepe y la familia que

habían formado, pero… ¿y si mientras ella trabajaba en la protectora Julia entraba en el piso estando él? Por una parte, algo en su interior le gritaba que Julia no se la jugaría de ese modo; sin embargo, por la otra estaba ese atractivo felino de él, ese magnetismo sexual que arrojaba a cualquier mujer a sus pies como a ella. Al menos esa era su percepción.

Al final, sopesó la posibilidad remota de que Julia se arriesgara tanto por un polvo, frente al miedo palpable de que él descubriera que llevaba gastado un dineral en cerrajeros de urgencias por culpa de sus dichosos descuidos, esos descuidos que ya empezaban a atormentarla. Estaba cansada de escucharle decir constantemente que estaba loca. Y ella misma no quería reconocer que estaba perdiendo la cordura. Hizo una copia del juego completo y se lo entregó a su encubridora.

El móvil vibró. Temió que fuera la obstinada de su examiga. No, en esta ocasión la llamada provenía de su padre. Tampoco contestó.

¡El otro! Solo te quieren para que los cuides. ¿Por qué no llama a tus hermanitos? Ya te lo digo yo: porque su niñita está disponible veinticuatro horas, como la funeraria, aunque tenga que desatender a su verdadera familia. Álex y yo somos tu única familia, ¿te enteras? Y tú siempre corriendo a ver qué quieren esta vez papá y mamá, mientras tus hermanos, que son muy listos, se tocan los huevos y se ríen de ti en tu cara. Sois todos una panda de… Sois patéticos. Dios los cría…

10

La mañana del tercer día se despertó con muchas náuseas. Entre arcadas, se levantó y corrió al baño. Se sentó en el suelo junto al váter porque notaba que vomitaría de un momento a otro. Milo se quedó a su lado. No se había retirado ni un metro de ella en esas jornadas. Al final vomitó, solo bilis. Entonces recordó que apenas había comido en los días anteriores. Había picado algo de fruta, medio café y ya está.

Sin que se le pasara el malestar tras el vómito, fue hasta la cocina. Abrió el frigorífico. Cuando le llegó el olor que desprendía le dieron arcadas de nuevo. Cogió aprisa un brik de zumo de naranja, se echó un poco en un vaso y se lo bebió. El malestar pareció remitir un poco, aunque no se revirtió del todo. Telefoneó a la protectora para avisarles de que no iría a trabajar porque tenía gastroenteritis. Lo que le faltaba, pillar un virus.

Sacó a Milo a pasear. Por el camino, fue dejando un reguero naranja de zumo. Se le apeteció algo más contundente y para que su estómago lo retuviera un poco más, así que entró en la tienda debajo de su bloque y compró una pieza de pan. Ya de vuelta en el piso, se preparó una tostada con aceite y jamón, y la acompañó con un café con leche. Sin la menor duda, aquello lo había producido el hambre, porque el desayuno cortó las náuseas por completo.

Al término, regresó al baño para orinar. Sentada en la taza del váter, como una revelación, cayó en la cuenta de que hacía más de tres semanas que le debería haber bajado la regla. Se echó las manos a la cabeza y cerró los ojos pensando que aquello no podía ser. Seguro que se trataba de un desarreglo. Pero lo cierto era que, a veces, en los juegos amorosos él protestaba porque no aguantaba los preservativos. Ella, arrebatada por el frenesí y confiada en el «yo controlo» de este, acallaba su mala conciencia y accedía a practicar sexo sin protección.

A su edad, y con muchas relaciones sexuales a su espalda, nunca, ni de más jovencita, había cometido ningún desliz. Pero él era tan persuasivo… En esa coyuntura, cuando la pasión le nublaba el raciocinio, le permitía que él hiciera con ella cuanto deseara. Además, siempre estaba tan seguro y era tan determinante en sus afirmaciones que cómo no fiarse.

Bajó a la farmacia más cercana y compró un par de pruebas de embarazo. De vuelta al piso, otra vez directa al baño. Se realizó la prueba. Positivo. Un positivo inmediato. Para tener una mayor seguridad, la repitió. De nuevo positivo.

Su firmeza por dejar la relación tambaleó como una silla de tres patas. No podía comunicarle aquella noticia por medio de un mensaje ni de una llamada telefónica. Tampoco supo, dadas las circunstancias,

con quién compartirlo, puesto que la tildarían de insensata. Así que se infundió más calma aún de la que había sobrellevado el par de días anterior.

—Voy a ser mamá, Milo.

Le dio un beso al animal en la cabeza, se acurrucó junto a él en el sofá y esperó y esperó…

A la hora del almuerzo, el sonido de las llaves en la puerta la despertó. Se había quedado adormilada junto a Milo en la *chaise longue*. El animal roncaba tranquilamente. A ella le dio un vuelco el corazón. Sintió como si un dios del Olimpo hubiera bajado a la tierra de los mortales para visitarla en exclusividad. Esa emoción se mezcló con el pánico a que él solo hubiera vuelto para recoger sus pertenencias, o continuara enfadado y siguiera sin dirigirle la palabra.

Él entró como si nada, como si acabara de salir a comprar tabaco. Traía comida que había comprado. La dejó sobre la encimera de la cocina y, animado, dio un par de zancadas hasta el salón. Ella continuaba con las piernas recogidas hacia un lado, acurrucada junto a Milo, inmóvil.

—¿Comemos?

Su rostro expelía buen humor. Eso permitió que se le reactivase la sangre que tenía congelada en las venas y arterias. Él buscó en su perfil de Spotify una lista de reproducción de canciones de los años 50 que tenía creada y la envió al equipo de música mediante Bluetooth. Se inició con *That's life* de Frank Sinatra. Deslizó los pies hasta la isla y comenzó a poner la mesa, con movimientos llevados por el ritmo que salía de los altavoces, como si bailara.

Ella, sin romper su silencio, se incorporó para ayudar.

—No, siéntate. —Le retiró una de las sillas altas para que se subiera en ella—. Yo me encargo.

Y le brindó una de sus encantadoras sonrisas, de esas que le alisaban la piel y le conferían un ligero candor de niño.

Un hombre con esa dulzura en el rostro no podría albergar jamás malas intenciones en su corazón. Para cada uno de sus actos seguro que había una explicación lógica que ella comprendería si él se las proporcionara.

—¿Dónde has estado? —Intentó usar un tono de voz que no denotara su aflicción y su disgusto, para que no se pusiera a la defensiva.

—¿Otra vez quieres empezar con esto? —Le lanzó una mirada dura, manteniendo la cara aniñada por el buen humor. —Estoy aquí. ¿No podemos comer en paz y ya está?

A ella le aterraba que él se ofuscara de nuevo con ella, así que insistió con cautela.

—Solo quiero saber si te ha ocurrido algo…

—Ya te dije que no tolero que me controlen. —Detuvo en seco sus movimientos y se enfrentó a ella desafiante—. ¿Quieres ser como mis ex?

Ella agachó la cabeza y tragó saliva para obstruir el llanto que estaba a punto de emerger.

Además del menaje para ambos, dispuso sobre la isla un par de fuentes, una con ensalada de pasta con atún y otra con un pollo asado.

—Soy vegetariana… —titubeó con el miedo agarrado a su garganta.

—Siempre dices que eres flexivegetariana. He ido expresamente a este local de comida para llevar porque te encanta los platos que preparan ahí. Y… —Se apartó pasta, con muy malos modos.

—Y te lo agradezco, pero tú sabes que no como carne ni pescado.

—A ver…, flexivegetariana significa que haces excepciones, ¿no?

—Sí, pero yo no soy flexivegetariana, nunca lo he sido.

—Ya estás otra vez tratando de confundirme… Parece que te has propuesto hacer que crea que me he vuelto loco.

—¡Nooooo! Yo nunca haría algo así.

—Pues lo estás consiguiendo. Y parece que aposta.

Retiró la vista de ella de forma evidente, llenó su copa con vino tinto y se metió en la boca un trozo de pechuga de pollo.

Ella, intentando tranquilizar su mano temblona, asió una cuchara y se sacó algo de ensalada. Con cierto disimulo, procuró desechar las fibras de atún que encontraba mezclada con el resto de los condimentos. No hizo falta que él pronunciara una sola palabra, la fulminó con ojos inquisitorios: ella lo reagrupó y, con un asco inaguantable, se lo colocó en su lengua y se lo tragó casi sin masticar.

Él arrancó uno de los muslos del animal achicharrado y lo puso en el plato de ella. Esta cortó una porción mínima con el cuchillo y el tenedor. Lo ingirió aprisa y bebió un buche de agua para no atragantarse.

Porque estaba dispuesta a hacer cualquier cosa, cualquiera. No soportaría que él se enfadara otra vez y se marchara sin decir a dónde. Había regresado, estaba de buen talante, junto a ella… ¿Qué más podía pedir?

No se había acabado el almuerzo, cuando él se levantó, se situó tras su espalda y le introdujo las manos por dentro de la camiseta en busca de sus pechos. Los pezones reaccionaron de inmediato a la presión y la rotación de sus dedos sobre ellos.

Allí, tumbados sobre el suelo de la cocina, la penetró muy lentamente, con suavidad, con un arte de movimientos tal que la llevó a un orgasmo tierno, intenso. Él la contempló sin apartar la vista de los párpados entreabiertos de ella. Después acercó el oído a sus labios para escuchar cómo esta le susurraba sin descanso cuánto lo amaba.

11

Miró la cama: no tenía ganas de hacerla, solo de tirarse sobre ella, bajar las persianas, quedarse a oscuras y que el tiempo pasara. Pero él no tardaría ni medio segundo en ir tras de ella para recriminarle que era una marrana. Así que sabía que debía terminar de adecentar el piso antes de descansar. Total, tampoco era tanto. Sin embargo, para ella sí, demasiado, todo lo que fuera más allá de despertar le suponía un esfuerzo sobrehumano que le costaba horrores sobrellevar. Ducharse, atarse los cordones o comer, cualquier tarea era titánica.

Depresión le había diagnosticado su médico de familia. Le prescribió unos antidepresivos, la derivó a Salud Mental, le firmó la baja laboral por enfermedad y a esperar. Por un lado, se alegraba de no tener que ir a la protectora. Ni siquiera se acordaba de los tiempos pasados, cuando su trabajo le apasionaba y los clientes se convertían en casi amigos con quienes charlar largo rato acerca de animales. Pero aquella etapa, como otras muchas, quedó atrás, tan lejos que el esfuerzo por recordarla no lograba traerla al presente. Ahora nada la motivaba: las personas, los animales, las cosas… le suponían una pereza soporífera.

Empezó a sacudir las sábanas y a estirarlas a continuación. ¡Cuántos momentos de gozo! ¡Cuántas confidencias entre caricias! Las de ella había brotado de su corazón, las de él… ¿Cuántas serían verdaderas? ¿Hasta dónde le había mentido? ¿Habría algo de cierto en lo poco que le había descrito sobre él y su vida? ¿Existían esas exesposas, a quienes nunca había visto? Y de existir, ¿serían ellas las posesivas? ¿Serían ellas las celosas? ¿En qué punto sin retorno ella misma, la que apreciaba tanto su libertad y la de sus allegados, se había convertido en una celotípica con él? ¿Cuándo había asomado los cuernos ese demonio de la desconfianza que la mortificaba por dentro? ¿Cuándo había dejado de ser ella misma? ¿Cómo era antes? Eso, ¿cómo era antes de él? Porque lo había olvidado.

Él había creado un torbellino de oscuridad alrededor de ella que la engullía, sin posibilidad de huida. Pero, mientras más luchaba por escapar, más se debilitaba y con mayor voracidad este la fagocitaba, imposibilitándole la fuga. Y al final, agotada, se hundía en su negrura.

Escuchó los pasos de él aproximándose. Lo temía, sí, pero también le deseaba. Ansiaba su presencia con ferocidad. Necesitaba olerlo e, incluso, oír su voz, por muy llena de reproches que esta estuviera. Anhelaba tocar su piel, aunque se hubiera vuelto fría como la de un cadáver en un depósito, pero lo necesitaba. Era adicta a él.

Apareció con la cadena en la mano. Se estremeció. Nunca sabía qué vendría a continuación, pero sí que se retorcería de placer. No quería.

Esta vez se resistiría, no sucumbiría bajo su embrujo, no continuaría siendo su esclava. Pero esos pensamientos cayeron rendidos ante los ojos hipnotizantes de él. Por mucho que intentara apartar la vista, cuando su mirada la atrapaba caía de rodillas ante su dueño. Como una devota frente a su deidad idolatrada.

Enganchó la cadena al mosquetón del collar y tiró. La empujó sobre el lecho y le quitó la ropa. Su cerebro le imploraba que detuviera aquella vejación; por el contrario, su cuerpo se abrió de par en par a él. Tenía la piel erizada, los pezones erguidos y el sexo húmedo. Y solo le quedó dejarse llevar. Su señor, a cambio, le regalaría todos los orgasmos que ella tuviera capacidad de soportar.

Cuando terminó, ella ya no le suplicó por enésima vez que la liberara de los grilletes; ni le reiteró que sería suya a su antojo sin necesidad de portarlo; ni que no se conformaría ni un minuto más con la vergüenza de llevarlos. No, sería en vano. Él retiró la cadena del mosquetón y se marchó, dejándola allí tirada, como a muñeca de trapo ajada por el uso.

En un mismo día, él tenía el poder de bajarla al infierno arrojando sobre ella insultos y menosprecios o de subirla al cielo retozando de placer.

Encogió las rodillas para recogerse sobre sí misma, como un feto en el vientre de su madre. Quería retornar allí o a algún lugar seguro, lejos de él. Porque esa vida se había convertido en una esclavitud, en una prisión. Quería volar lejos de esa habitación, de ese piso claustrofóbico donde solo estaba él, la oscuridad y la ausencia de Milo.

12

Los meses restantes de gestación fueron idílicos, un oasis en su vida conyugal en el que él le exhibió cuán atento, entregado y amoroso podía llegar a ser. Cuando ella regresaba del trabajo, siempre la esperaba con un abrazo, un beso en los labios y otro en la barriga; con el piso limpio y la comida preparada; eso sí, ineludiblemente cocinada a base de carne o pescado. La deseaba más que nunca, aunque le hacía el amor con sumo cuidado, como si se tratara de una figura de porcelana de Lladró y se pudiera romper.

Así que ella llegó concluyó que aquellos nubarrones del pasado se habían disipado como una paloma en manos de un mago experto.

Ocurrió alguna que otra anécdota, pero casi todas sin importancia.

A excepción de una. Una única mancha en su paraíso impoluto. Y ni siquiera surgió por parte él, sino de su mejor amiga, a quien tanto quería, Julia.

Tardó más de lo que hubiera deseado en revelarle la buena nueva. Pero cuál no sería su sorpresa cuando Julia se le adelantó para comunicarle que Pepe y ella esperaban un bebé. Rebosantes de alegría, se fusionaron en un abrazo como los de antaño.

A partir de esa feliz coincidencia, retomaron la complicidad congelada desde que él irrumpiera en sus vidas. Salían a caminar juntas cada vez que podían, se intercambiaban toda la información que encontraban sobre embarazo, hablaban por teléfono si una de ellas experimentaba alguna sensación inédita o algún síntoma las perturbaba.

Estaban más unidas que nunca, hasta que Julia cometió la mayor de las traiciones que una amiga puede cometer: intentar acostarse con la pareja de la otra.

Evidentemente, fue tan cobarde que no se lo confesó ella, sino él. Al salir de la revisión de los cuatro meses, él sugirió que fueran a tomar un café, porque tenía que contarle algo muy grave. Le narró detalle por detalle lo ocurrido, sin ahorrarle los más truculentos; que si había ido al piso mientras ella estaba en la protectora con una excusa tonta; que si había entrado pese a que él le había contado que ella no estaba allí; que si le pidió que la invitara a un descafeinado con leche; que qué bien le estaba sentando la paternidad… Y cómo él, incapaz de serle infiel, le obligó a marcharse cuando intentó seducirle para mantener sexo.

Ella no dio crédito a lo que acababa de contarle: ¿cómo su mejor amiga la había intentado traicionar de esa forma? ¿Por qué? Y él… Pobre…, se le veía tan destrozado… Le agradeció su honestidad y cortó por completo la comunicación con Julia durante una semana. Al

cabo de esta, reunió el valor para hablar con ella.

—¡Eso no es cierto! Te lo juro. Tienes que creerme, ni siquiera he ido a tu piso.

—¿Estás insinuando que él se lo ha inventado?

—Sí, es una mentira más de las suyas.

Ella empezó a enfadarse más con cada una de las palabras de Julia.

—Fue él quien quiso acostarse conmigo hace tiempo y yo quien lo rechacé. Y no solo lo intentó conmigo… Por eso pretende separarnos.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—Porque sabía que no me creerías. Es un embaucador, es un mentiroso. Te cegaste por él. Y ahora, como volvemos a estar más unidas, sale con esto para separarnos de nuevo. ¿Pero es que no lo ves?

—Pues no, no te creo. Siempre has tenido envidia de lo nuestro.

—¿Pero qué dices…? Yo te quiero, eres más que mi hermana...

—Adiós, Julia.

Por supuesto que ella sabía que el futuro padre de su hijo había cometido algún que otro error en el pasado, pero jamás cometería una deslealtad como esa. Julia era la celosa, porque ansiaba que Pepe fuera tan perfecto como él. Ahora se arrepentía de haberle contado cómo la estaba mimando durante el embarazo. Seguro que eso hizo que lo codiciara. Además, él era mayor que su marido, sí, pero con un cuerpo más esbelto, más torneado y mucho más atractivo. Normal que cualquier mujer se derritiera ante él. Pero él le reiteraba hasta el cansancio que solo tenía ojos para ella, y eso avivaba aún más los deseos de las otras féminas.

Ella no quiso volver a saber nada de la que había sido su amiga desde la niñez. Julia, por el contrario, le enviaba mensajes sin desfallecer, que ella no abría. Él le insistió para que la bloqueara... Fue incapaz. «Con la indiferencia es suficiente. Ya no se acercará a ti», le garantizaba.

Y así fue.

13

Sin darse cuenta, se había quedado dormida. Al despertar, se incorporó como un resorte. Aquello le ocasionó un leve mareo. Esperó unos minutos, sentada en el filo de la cama, hasta recobrar el equilibrio. Sin dejar de escuchar con atención, como la víctima que aguarda el menor ruido que le advierta del acecho de su depredador. Ningún ruido le indicaba que él estuviera cerca. Aun así, debía continuar en alerta, una alerta constante.

Cogió el móvil de la mesilla de noche. Tenía otra llamada perdida de su padre. Y un mensaje.

Hija, te he llamado, pero imagino que no lo habrás podido coger. ¿Cómo estás? Hace ya varios días que no sabemos nada de ti.

Y uno más de Julia que se sumaba a los que le había estado mandando a lo largo de mañana:

Cuando puedas, llámame, ¿vale? No ocurre nada, solo es para contarte una cosilla del cole.

¿Tanta insistencia por un asunto del colegio? No le cuadraba.

A ella le fastidió muchísimo que sus padres hubieran continuado la relación con Julia después de la traición. Pero estos, cuando ella les pidió una justificación, le argumentaron que la llevaban tratando desde niña, que para ellos formaba parte de su familia y que siempre la habían considerado una buena amiga. Cuando les preguntó a quién creían, sus padres guardaron silencio. Eso la indignó todavía más. Le dolió que quienes le debían un amor incondicional no estuvieran de su lado. Y no era la primera vez.

No le olía bien que ambos intentaran contactar con ella con tanto ahínco y al mismo tiempo, pero no tenía ganas ni ánimo para plantearse qué se ocultaba bajo aquella capa de insistencia.

¿Qué le contestaría a Julia?: «No tengo fuerzas ni para vivir», «Necesito alejarme de todo y de todos», «Solo quiero estar en paz». ¿Cómo podría ayudarla ella? De ninguna forma. Le había fallado una vez. Y, aunque mantuvieran esa especie de fraternidad propia de las mamis de una misma clase, no le brindó la confianza de antaño. Ya no. Nunca más. La pureza que envolvía la hermandad entre ambas se había mancillado por culpa de la envidia de Julia y su intento por arrebatarle lo más preciado para ella: él.

¿Y su padre? ¿Cuál debería ser la respuesta a sus palabras de conmiseración?

«No, papá, no estoy bien: me habéis creado defectuosa. Entre mamá, tú y mis hermanos me habéis convertido en una inútil que no sabe defenderse en esta jungla de fieras sedientas de sangre.

Vosotros, quienes debierais haberme acogido como una más, os

dejasteis llevar por vuestro maldito egoísmo, y me adoctrinasteis con el único objetivo de convertirme en una futura cuidadora para vuestra vejez. Solo por haber nacido mujer. La pequeña, la mimada. Se ríen mis hermanos, evadiendo sus obligaciones filiales con respecto a vosotros dos, sin que ni mi madre ni tú reconozcáis que, a consecuencia de ello, me cargan a mí con más responsabilidades. Pero "como eres tan buena, hija"…

Aplaudisteis cuando mis tres hermanos varones se marcharon a otras ciudades para labrarse un supuesto futuro mejor. Pero me recriminasteis que yo encontrara trabajo a pocos metros de vosotros, decidiera comprarme un piso e independizarme: "¿A dónde vas con tanta prisa, hija, con lo bien que estás en casa?".

Fui vuestra niñita ejemplar mientras actué bajo vuestros dictámenes; mientras consultaba vuestro asesoramiento supremo antes de tomar ninguna decisión importante o nimia sobre mí; mientras me comporté como la cría dócil que no replicaba frente a las injusticias.

Me habéis sobreprotegido, sí, pero no con el afán noble de cuidarme, sino para controlarme. Porque, si lograbais mantenerme quieta y calladita debajo de vuestra falda, no tendríais de qué preocuparos: un problema menos para vosotros.

Y soy un trapo, mamá, solo un trapo sucio y raído.

Me usan, todos me usan y después me tiran. Como ahora él.

Para esto he quedado: un cuerpo vacío sobre una cama revuelta».

Precisamente había sido él quien le evidenció que habitaba dentro de una burbuja rosa, porque hacía cuanto papá, mamá y sus hermanos querían. Pero que estos le mostrarían los dientes y las uñas si les llevaba la contraria e intentaba construir su propio camino. Y así fue.

Gracias a él, también se descubrió que ninguna de sus relaciones anteriores había sido sana. «Fíjate cómo te utilizan quienes tú creías que eran tus seres queridos. Cada uno de ellos se pega a ti para sacarte algo. Desde tus padres hasta ella, la arpía esa que me ha querido apartar de tu lado de la manera más vil y está poniendo al resto en mi contra. En tu contra.»

Y así, cada vez más apartada, más sola, no le restaba otra salida que refugiarse en los brazos de él. Abiertos de par en par para ella. Buscar el calor de su pecho. Confiar en su madurez, su inteligencia y su sabiduría suprema.

Además, este se erigió como el único que sí la amaba incondicionalmente, sin esperar nada a cambio. Al menos, eso era cuanto él le declaraba sin descanso. Y aquellos pensamientos se anclaron en su mente, como una garrapata que no paraba de engordar. La cual, mientras le chupaba hasta la última gota de su energía vital, le iba inoculando veneno contra quienes un día conformaron un entorno de cariño y seguridad. Hasta el punto, de que

ella no supo distinguir si era él quien había inyectado esas ideas, eran un invento de ella o si él realmente les había arrancado las caretas.

14

Quitando la vileza de Julia, fueron unos meses de ensueño.

La futura paternidad había resucitado en él a aquel hombre que la había conquistado durante la primera etapa de la relación. Ella sabía que debía estar escondido detrás de esa coraza que interponía ante el mundo para protegerse.

«Por fin voy a tener la familia con la que he soñado toda mi vida. Y has sido tú, la elegida, la única, quien lo ha hecho posible al darme un hijo». La adoraba por ello: «Es mi oportunidad para no perpetuar los patrones nocivos de mis padres. Lo cuidaré, seré cariñoso y jugaré con él.», decía entusiasmado. «¿Él? ¿Y si es una niña?», reía ella. «Será un niño. Estoy seguro».

A cambio, él le regaló tardes de paseos a Milo cogidos de la mano con ojos solo para la mamá gestante. Noches de quedarse dormido con la cabeza sobre su vientre para no perderse ni uno de los movimientos o sonidos de su bebé. Estuvo solícito como nunca antes, presto a correr en busca de cualquier antojo o capricho que ella pudiera desear. Le insistía para que, además de las revisiones que se hacía por la Seguridad Social, llevara un control por medio de un médico privado y que se realizara las ecografías más innovadoras, gastos que corrieron solo por parte de la embarazada.

Ella disfrutaba de verlo tan feliz, tan radiante... ¡Qué fácil resultaba contentarlo! Se culpó de sus comportamientos anteriores, porque ella tampoco era una santa. Ante la buena disposición de él, había aprendido que, en vez de estar en guerra constante contra su amado, era mejor acoplarse y dejarse llevar. De ese modo, la convivencia fluía en calma. Y lo estaba verificando.

¿Hubo alguna mota que empañara un poco aquellos meses de embarazo? Sí que las hubo, pero fueron tan leves que no alcanzaron para eclipsar la felicidad completa con el hombre de sus sueños.

Una mañana de domingo se despertaron temprano. Milo aún dormía, así que aprovecharon para remolonear en la cama entre caricias y juegos.

—Al final, te has salido con la tuya: es niño —rio.

Ella estaba bocarriba, él recostado a su lado.

—¿Cómo te lo imaginas? —preguntó ella con la vista perdida en el techo.

—Alto, como yo; esbelto; como yo; con buen porte, como yo; inteligente; como yo. Con mis labios, mi nariz, mi corte de cara, mi color de pelo. Que se le dé bien las nuevas tecnologías y la música, como a mí…

—¿No quieres que tenga nada de mí? —Se giró hacia él y le sonrió,

siguiendo lo que ella pensaba que se trataba de una broma.

—Claro que sí, ¿quién ha dicho lo contrario?

—¿Como qué?

Inocentemente esperó a que él desglosara otra lista igual de virtudes.

—No entiendo a qué viene esto ahora.

Ella notó que el tono de su voz se agriaba y eso le preocupó, aunque no podía quedarse con la duda.

—¿Hay algo en mí que te guste? —Observó si en su rostro asomaba algún tipo de frustración. Su nula expresividad le invitó a añadir—: Pues parece que te gustas más tú a ti mismo que yo.

Él le dio un beso en la frente.

—Estás sensible, tontina. Ya lo explican en los artículos sobre embarazo: son las hormonas. Eso hace que te incomodes por lo que acabo de decir. ¡Pues claro que me gustas!

—¿Pero qué específicamente?

—Todo.

Ese «todo» sonó hueco.

Hubo otras motas diminutas que fueron salpicando, de cuando en cuando, aquellos meses en el paraíso.

Algunas tardes, no muchas, al regresar ella de la protectora él no estaba en casa. En un primer momento, no le dio importancia, porque una cosa era que él tuviera la deferencia de esperarla, salieran juntos a pasear a Milo y le gustara preparar la cena; y otra muy diferente que tuviera la obligación de hacerlo a diario en detrimento de sus propios quehaceres.

Lo que sí le molestaba era que no le respondiera a los mensajes ni a las llamadas que le enviaba con la única intención de saber si estaba bien y si lo esperaba para sacar a Milo con él.

Esos días se sentaba en el sofá sin cenar, triste y enfadada a partes iguales; cansada por la gestación, la jornada laboral, ocuparse sola de su perro, cocinar para evitar el enojo de él y no tener ni idea del paradero de su pareja.

Este, por su parte, se presentaba unas horas más tarde, sin dar explicaciones, pero con una sonrisa en la cara, como si nada. Solía traer consigo algún caprichito para su «gordita», y muchos besos en la frente y en la barriga.

Ella, después de que los celos la hubieran estado devorando en su ausencia imaginándoselo con otra, se derretía ante un ser tan tierno y amoroso. Se guardaba para sus adentros reprocharle cómo no miraba el móvil, sabiendo que su mujer estaba embarazada y que podría ocurrirle cualquier cosa.

Como conocía de sobra cuál sería su respuesta y que aquello supondría encolerizarlo, se callaba. Siempre se callaba.

En compensación, él recogía la cocina, solo para que ella descansara con los pies en alto viendo la tele o leyendo; y después le hacía el amor, un sexo colmado de caricias, besos por cada milímetro de su piel, y los prometidos y esperados orgasmos que solo conseguía con él.

Pero, quitando esas casi minúsculas motas, nada relevante: una luna de miel muy edulcorada.

15

En el altavoz de su dormitorio sonaba *Back to black* de Amy Winehouse.

Desnuda, se sintió sucia tras el sexo. Hubiera preferido liarse en la sábana, cubrirse la cabeza, cerrar los ojos y quedarse allí hasta el final de los tiempos; pero no se lo podía permitir, él no se lo permitiría. Cogió su pantalón corto y su camiseta de tirantas, que había revoleado por el suelo. Entró en el baño para darse una ducha rápida que le quitara el hedor a sudor y a sexo.

Debajo de la alcachofa dejó, por segunda vez en el día, que el agua le corriera por la cara. En esta ocasión la prefirió fría, no solo porque hiciera mucho calor, sino porque también necesitaba apagar el fuego que abrasaba su mente.

Tal vez había llegado el momento de tomarse las dichosas pastillas para la endiablada depresión. Pero ¿para qué? ¿Acaso acallarían las conversaciones descontroladas, que se radiaban en su cabeza como en un disco de vinilo rayado? ¿Y las escenas? ¿Dejarían de proyectarse cual sesión de tarde en un cine barato? ¿Y qué ocurría con esa confusión perpetua que le nublaba la razón como un día de tormenta?

Otra vez le asaltaba el pánico de que las voces que oía fueran la prueba palpable de que había perdido la cordura completamente. Él se lo había avisado años atrás: «Estás loca».

Le faltaba un mes para la cita con el psiquiatra de la Seguridad Social. ¿Para qué serviría? ¿Para encerrarla? ¿Para prescribirle más medicamentos que tampoco se tomaría?

Se resbaló lentamente en la ducha, dejando que la lluvia fresca le cayera desde los hombros y la empapara. Ojalá pudiera quedarse allí, bajo el agua, eternamente.

Lo escuchó entrar en el baño. Se incorporó y fingió que estaba terminado de enjuagarse.

¿Tú no eras tan ecologista? ¡Pues no se nota! ¡Cierra el dichoso grifo de una puñetera vez, tanto desperdiciar agua!

Ella pensó que él, como siempre, tenía razón. Era incoherente en cada uno de los ámbitos de su vida. E inestable. Y desquiciada. Como él solía martillearle a la mínima oportunidad.

Terminó de ducharse.

¿Estas horas y la cama sin hacer todavía? ¡Vergüenza debería darte! Tanto aseo tanto aseo y no atiendes tus responsabilidades. ¿Esperas a alguien o qué? Es eso, ¿eh? ¡Qué patética! ¿Te crees que una miserable piltrafa como tú va a gustar a nadie? ¡Infeliz!

Adecentó el dormitorio y después se encaminó hacia la terraza a regar las plantas. Antes, aquel trocito de naturaleza le aportaba

sosiego; ahora le encogía el alma. Aún veía el rincón vacío de Milo, el lugar donde se echaba las mañanas de invierno para tomar el solecito. Nada lo había vuelto a llenar.

16

Álex llegó al mundo para culminar la felicidad de unos padres que lo esperaban llenos de dicha. Pero no había transcurrido ni el periodo de la cuarentena cuando él dejó caer su máscara y descubrió su verdadero rostro.

El pequeño, como su progenitor había vaticinado y deseado a partes iguales, además de varón, era su viva imagen, parecía un clon. Ella dudaba de que sus genes hubieran aportado algo durante la concepción de su hijo. Pero no le importaba, en absoluto. Le pareció la criatura más perfecta sobre la faz de la tierra y le prodigó su amor sin reservas.

Como cualquier madre primeriza, que además hubiera optado por la lactancia materna para alimentar a su bebé, se volcó de lleno en la crianza de su vástago. Por supuesto, sin descuidar al otro hombre más importante de su vida. Él le había brindado el regalo más maravilloso que hubiera podido imaginar, ser madre de aquel bebé regordete, y eso hacía que lo venerara aún más que antes.

Pero al mes y medio de esa alegría superlativa, él, el auténtico, reapareció con intensidad.

—A estas alturas, otras mujeres ya hubieran recuperado su figura, ¿no? —le preguntó como si nada, levantando la mirada por encima de las gafas de ver, mientras leía un libro sentado en la cama.

Álex dormía junto a ellos en su cuna, mientras ella se vestía frente al espejo para ir al mercado.

—Estoy lactando…

—Pues yo veo a otras lactantes y vuelven a tener su tipín. —Bajó la vista hacia la página por donde iba, pero sin continuar la lectura—. Lo de las tetas, pase, porque me pones mucho más así que como los tenías antes, pero esa tripa y los muslos que se te han puesto… —Ella se giró hacia él, sin dar crédito a lo que oía. Él no apartó su atención del libro—. Pero tú misma… Yo no digo nada, eh…

De este modo, aguijonazo a aguijonazo, era como él inoculaba la duda en ella sobre su cuerpo. Empezó a preguntarse qué errores estaba cometiendo para no haber recuperado todavía su talla anterior y acabó por revisar de pies a cabeza a las mujeres con quienes se cruzaba para compararse, y siempre salía perdedora.

Desoyendo las recomendaciones de su médico, decidió reducir la ingesta de calorías y aumentar cuánto se movía a diario. A este férreo control sobre sus hábitos alimenticios y de ejercicio sumaba tener que atender a su bebé de meses, llevar la casa, cuidar al milímetro qué compraba y cómo lo cocinaba, atender a Milo, estar pendiente de él para que no se sintiera apartado en esta nueva faceta de la relación, y

estar receptiva sexualmente.

El estrés por querer cumplir con cada aspecto de su vida comenzó a elevar sus niveles de ansiedad; pero no disponía de tiempo para prestarle atención a esa incomodidad pasajera.

Se organizó para poder ir, entre toma y toma, al gimnasio, algo que había detestado desde siempre: le parecía un habitáculo poco ventilado, infestado de gente sudorosa y tíos narcisistas que se recreaban en la imagen reflejada de sus músculos atrofiados. Aunque aquello duró poco. Un día, cuando fue evidente que había recuperado su figura, él le recriminó que pasaba más horas allí, seguro que poniendo el culo en pompa delante de aquellos tipos, que ocupándose de su familia.

Al contrario de lo que cabría esperar, sintió alivio, porque ella era más amante de los deportes al aire libre. Le fascinaba practicar senderismo, las escaladas, nadar en mar abierto, bucear o surfear. ¡Cuánto echaba de menos aquellas jornadas de cervezas, tortilla de patatas y risas con su pandilla, después del ejercicio físico!

Pero no importaba, ahora tocaba aplazarlo y ejercer de mamá. Ya llegaría el momento de disfrutar de sus aficiones con su pequeño y con él.

Él, por su parte, seguía saliendo a correr durante horas. A veces a ella le parecían demasiadas, porque al retornar se le veía visiblemente agotado. Pero jamás le hizo llegar su preocupación al respecto para no injerirse en su libertad ni en su derecho a querer cuidarse practicando su deporte favorito.

17

¡Sí qué está potente la nueva vecinita! ¡Vaya delantera tiene!

Una mujer de aproximadamente la misma edad que ella saludó desde una terraza frente a la suya, al otro lado de la calle. Entonces se fijó, incitada por el desafortunado comentario de él. Vestía un conjunto veraniego del estilo del suyo; pero a su vecina, por descontado, le sentaba mucho mejor que a ella. Aún a esa distancia, se notaba que no usaba sujetador; ni lo necesitaba, porque los senos abundantes seguían en su sitio. Al contrario que los de ellas, que después de la lactancia había perdido cualquier rastro de turgencia. Los brazos y las piernas lucían musculosos, brillantes y dorados por el sol o por sesiones de rayos uva.

Ella correspondió el saludo con un movimiento casi imperceptible de la mano, que alzó sin ganas.

La mujer sonrió y se dispuso a practicar yoga como una yogui experta.

¿Ves cómo se nota cuando una señora hace deporte? Parece una jovencita. No como tú. Uff, ¿y ese culo…? Mira, mira… ¡Cómo me está poniendo!

Aunque le subieron arcadas al oír aquello, también apreció el trasero prominente y duro de su vecina. La aborreció por ello, sin conocerla, pese a haberle respondido con cordialidad. La odiaba como odiaba a todas las mujeres con quienes él la comparaba; o como a aquellas con las cuales se juzgaba usando como medida los parámetros estéticos de él. Lo detestaba a él por no preferirla, por no considerarla única, al contrario de lo que ocurriera en aquellos lejanos primeros meses de su relación, cuando no se cansaba de adorarla y de declararle lo especial que era a sus ojos. Y sobre todo se despreciaba así misma por sentirse inferior a extrañas y conocidas.

Esa desazón la hizo regresar adentro. Las ganas de llorar se le mezclaron con las náuseas. Con los pies casi a rastras, fue por la mopa para pasarla por el suelo del piso, con la esperanza de que, al realizar esa tarea, las lágrimas no cayeran a la vista de él.

Cuanto antes terminara antes podría sentarse otro poco. Necesitaba cerrar los ojos un rato; aunque su mayor deseo era no volverlos a abrir.

Ese día no almorzaría.

18

Todavía recordaba con nitidez aquel anochecer fatídico, clavado en mitad de sus costillas como la estocada más sangrienta de cuantas él le había asestado hasta entonces.

De los primeros meses de vida de Álex, uno de los momentos que más la satisfacían del día era el paseo de las tardes, junto a ella y a su bebé, él y Milo. Plena y henchida de cierta vanagloria, empujaba el capazo de su niño por las calles como si desfilara en las pasarelas parisinas. Se sentía como una madre orgullosa por lucir un bebé rollizo que atraía todas las miradas, una mascota dócil y juguetona; y a él, prendida de su brazo, un hombre maduro, tan sexy que hacía que más de una cabeza se girara a su paso.

Pero su vanidad tenía los días contados. Una noche después de cenar, mientras recogían la cocina, él le sugirió que a Álex y a ella les vendrían mejor los paseos por la mañana.

—Ya empieza a refrescar y yo puedo sacar a Milo a última hora.

—Casi preferiría sacarlo yo para despejarme un poco.

—Necesitas descansar.

Le dio un beso en la frente y zanjó el asunto.

Dicho eso, empezó a salir del piso a la hora del ocaso y a no aparecer hasta justo la hora del baño de Álex, acontecimiento que no se perdía por nada del mundo. La mayoría de las veces dueño y mascota se presentaban juntos; otras, Milo regresaba solo, arrastrando tras de sí su cadena, y él un buen rato después. Ella, aterrada porque al animal pudiera ocurrirle algo, le suplicaba que fuera más cuidadoso. Él solía evadir su responsabilizar culpando al perro con argumentos incoherentes.

Aquel veinte de octubre amaneció nublado y la jornada estuvo intercalada por algún chubasco que otro. Alrededor de las cinco de la tarde, él se colocó su impermeable, ató a Milo y salieron por la puerta. Los vio partir desde el sofá del salón, donde estaba terminando de darle la fruta a Álex.

Llegó la hora del baño del pequeño y ninguno de los dos había regresado. Ella lo lavó, lo secó, le untó crema, le colocó el pañal, lo vistió con su pijamita, lo peinó y le echó su colonia; todo ello con las manos trémulas, la mirada perdida, el corazón retumbándole bajo la caja toráxica y la mente esgrimiendo argumentos lógicos para que se tranquilizara.

Se sentó de nuevo en la *chaise longue* a amamantar a su hijo, con el móvil a su lado; la vista fija en la puerta por donde se habían marchado y la ansiedad desbordada estrangulándole la garganta.

El sonido de su teléfono le heló la sangre. Cuando miró la pantalla,

los peores presagios le noquearon el cerebro: en ella aparecía un número largo.

—¿Diga…? —pronunció en un hilo de voz.

—¿Es usted la dueña de Milo? —preguntó un hombre al otro lado.

—Sí.

—Lo siento mucho…

El atropello había ocurrido justo en la calle de atrás de su bloque de pisos. Tan cerca de llegar a casa… Montó a Álex en la sillita y cogió el móvil, el bolso y las llaves. Mientras esperaba el ascensor, sin parar de llorar, avisó a su padre para que recogiera al pequeño y llamó a Guille, su compañero de la protectora. Salió a toda prisa del portal y corrió hacia el cerco de personas que vislumbraba a lo lejos. Se abrió paso entre ellas. En el medio, tirado sobre el asfalto y entre un charco de sangre, Milo sin vida, con la correa todavía atada al cuello.

—Lo siento, no sabes cómo lo siento. No lo he visto, surgió de pronto y no me dio tiempo a reaccionar.

Oyó, como si ambos estuvieran en dimensiones distintas, las disculpas del conductor del vehículo siniestrado, en vez de reprocharle que el perro anduviera suelto en medio del tráfico. Pero ella se hallaba demasiado rota como para contestarle. Se agachó para sostener entre sus manos una de las patas del animal. Y se despidió de él con un llanto silencioso. Su corazón rebosaba dolor por él y un odio visceral por el monstruo culpable del terrible final del animal. Rompió a llover. Le conmovió que el cielo la acompañaba en su penar.

Maquinalmente, se dejó abrazar por su padre, quien se hizo cargo de Álex y no se fue de su lado hasta que llegó Guille. Su compañero la sujetó entre sus brazos cuando retiraron el cuerpo sin vida de quien había sido mucho más que su mascota. Él, además de brindarle consuelo, se ocupó de contactar con el seguro y de los trámites burocráticos. Ella era incapaz de articular palabra alguna.

Arropada por Guille, regresó a su piso: ningún rastro de que él se hubiera asomado siquiera por allí. Aunque sería mejor así, porque no se veía capacitada para contener su ira. Metió en su antigua maleta de viaje lo justo para su bebé (porque los abuelos les habían aprovisionado desde antes de que ella pariera de cuna, bañera, trona y cuanto pudiera necesitar su nieto si su hija alguna vez se decidía a dejárselos) y cerró la puerta con llave.

Guille la llevó hasta casa de sus padres. En el trayecto ella le envió un único mensaje al padre de su hijo:

Milo ha muerto. Álex y yo estamos en casa de mis padres. No intentes ponerte en contacto conmigo.

Apagó el móvil. Su compañero entró con ella. Sus padres la esperaban con una tila humeante. Tras beber la infusión, los dejó charlando en el salón y subió hasta su antiguo dormitorio. Sacó a Álex

de la cuna y se quedó dormida acurrucada a él.

Sus padres, tristes por su hija pero felices por poder disfrutar del nieto a quien no veían con la asiduidad que les gustaría, no le preguntaron sobre por qué había decidido quedarse con ellos, y ella tampoco hablo del particular.

Un par de días después, su amigo se presentó con una urna pequeña en cuyo interior estaban las cenizas del animal. Le informó de cómo iban los trámites con el seguro y le reconfortó el alma con palabras llenas de compasión y cariño.

—Gracias, Guille… —pronunció en un susurro.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites. A cualquier hora, ¿vale?

Aquellas frases rebotaban contra su interior hecho añicos, por Milo y porque había tomado la decisión más dura de su vida: poner punto final a su relación de pareja, a su tormento.

Al rato, cayó en la cuenta de que, con la distracción de la vecina de enfrente, se le había olvidado regar las plantas. Entró en la terraza. La mirada se le fue hacia el rincón de Milo y le avivó la herida perenne de su pecho.

¡Sigue gimoteando por ese chucho! Te comportas como una niña chica. ¡No se llora por un animal! ¿Te enteras, eh? ¿Te enteras? ¿Hasta cuándo te va a durar la tontería? Te conozco muy bien, eres muy lista y muy retorcida. Te comportas así para acusarme. Pues a ver si te cabe de una puñetera vez en esa desquiciada cabeza tuya: yo no me siento culpable. Corre, anda, llora, que es lo único para lo que sirves.

No afloró ni una lágrima en su rostro. Pero él la conocía demasiado bien y sabía que cuando miraba hacia el lugar preferido de Milo el corazón se le rompía en pedazos.

Abrió el grifo de la manguera para empapar a conciencia la tierra de cada tiesto. Era un día de un calor intento y no quería que ninguna de sus plantas pasara sed. Jamás le reveló a él que había esparcido las cenizas de Milo en ellas. Por eso, pese a su apatía, aún las cuidaba con esmero.

Ya estás otra vez perdiendo el tiempo con estas gilipolleces, como la que no tiene nada que hacer.

Pero, en realidad, ya había terminado con las faenas del hogar, por eso lo desoyó y continuó retirando las hojas secas, arrancando las hierbas y regando con mimo cada una de ellas. En especial solía detenerse durante más tiempo frente al geranio de flores blancas, donde descansaban los restos de Milo, y le charlaba en silencio. Le decía cuánto le echaba de menos, cuánto lo necesitaba, cuánto hubiera querido estar a su lado mientras moría, y que, si hubiera sabido que aquella tarde, cuando salió por la puerta, sería la última que lo vería con vida, se habría despedido de él.

«Te compras otro perro y ya está, o adoptas otro. Total, será por chuchos…», le había recriminado él las veces que la encontraba apenada por el animal.

Pero ¿cómo transmitirle que era mucho más que una mascota? Milo, aunque sonara típico, era su amigo, su compañero fiel. Y quizás el único ser en el mundo que la había querido incondicionalmente; el único que no la juzgaba y que no esperaba nada de ella, solo que lo alimentara y estuviera a su lado.

20

Los primeros días tras su muerte trascurrieron en una tristeza muda. La mayor parte del tiempo la pasó sentada en su cama, mirando la pequeña ánfora y con Álex en su regazo. El único que le templaba el alma aterida.

Su pena contrastaba con la alegría de sus padres, en quienes afloró la alegría por poder disfrutar de su nieto. Aprovechaban al máximo el tiempo con paseos, juegos e implicándose en el baño o en las comidas. A ella le pareció verlos rejuvenecer. El niño, por su parte, reía a carcajadas con sus abuelos, mientras a ella le dolía profundamente reconocerse que jamás lo había contemplado así de dichoso con ellos. Porque, aunque se negara a aceptarlo, el ambiente en su piso olía a rancio.

Después de meditarlo mucho para sí misma, porque no lo quiso verbalizar con nadie de su mermado entorno, una mañana, tras amamantar y asear a Álex, lo dejó a cargo de sus abuelos. Se sacó suficiente leche por si tardaba y les dijo que había notado a Álex con algo de moco y que, como el día había amanecido nublado y fresco, sería mejor que no salieran a pasear. Pero la realidad era que temía que se encontraran con él sin estar ella presente.

Había tomado la firme decisión de apartarse de él definitivamente, aunque no sabía cómo ponerlo en práctica sin ayuda. Por eso cogió un tren con destino a Dos Hermanas, una población cercana a la suya. La Delegación de Igualdad se encontraba en el mismo edificio que la biblioteca municipal, muy cerca de la estación de Renfe. Esos pequeños factores le facilitaron su determinación. Tal vez si hubiera encontrado obstáculos mayores, habría cejado antes en su empeño.

También le acompañó la suerte cuando la recepcionista le informó de que la psicóloga podría recibirla sin cita previa, una vez que finalizara la consulta con la usuaria a la que estaba atendiendo.

No habrían transcurrido más de diez minutos cuando la doctora se quedó sola. La joven de atención al público la acompañó hasta la puerta. Lo agradeció, porque temía que su solidez se quebrara en breve.

La especialista, una mujer unos quince años mayor que ella, con el pelo rizado y blanco, se levantó, se presentó, le dio un par de besos y le señaló una silla al otro lado de su mesa para que se sentara.

—Cuéntame.

Reconfortada por la amabilidad la psicóloga, aún de pie, comenzó a explicarle qué le estaba ocurriendo.

Se sorprendió de sí misma por tener la capacidad de describirle las atrocidades de él, seguidas de «pero es un buen hombre y me quiere»

sin romperse. O tal vez se debía a que estaba seca de lágrimas tras la muerte de Milo. Su relato quedó caótico y atropellado, pero expuesto en su totalidad.

La mujer se levantó de la silla y fue a sentarse en la que estaba libre al lado de ella. Se giró y ambos quedaron enfrentadas.

—Imagino que ya lo sospechabas, pero hay indicios claros de maltrato —le dijo cogiéndole las manos.

—Pero… eso es imposible, él jamás me pondría una mano encima.

—Hay conductas que duelen más que los bofetones…

—Tiene fallos, como todo el mundo… Pero él me quiere, me quiere muchísimo…

—Lo que hace contigo es maltrato psicológico. Es decisión tuya. En mi opinión deberíamos denunciarlo y pedir una orden de alejamiento.

Ella se impresionó como si le arrojaran cientos de cubitos de hielo por la espalda. Había ido allí con la idea de que la asesoraran para separarse de él, pero jamás lo perjudicaría. Además, ¿una orden de alejamiento? Eso implicaba que no lo iba a ver más. Empezó a ahogarse solo de imaginarlo.

—Pero no iría a la cárcel, ¿verdad?

—El maltrato físico y el psicológico conlleva las mismas penas de prisión.

—Eso quiere decir…

No se atrevió a verbalizarlo.

—Nosotras nos encargaríamos de guiarte, paso a paso. También continuaríamos tramitando tu expediente desde aquí, si eso hace que te sientas más segura, y se lo comunicaríamos a tu delegación local.

—Tengo que pensarlo.

La mujer se arrimó un poco más hasta ella, para asegurarse de que la miraba a los ojos.

—No es una decisión fácil, lo sabemos, pero estamos aquí para ayudarte. No estás sola.

Sí lo estaba. Si lo perdía a él, ¿qué le quedaría, en sus circunstancias? Solo Álex, un bebé a quien criar sin un padre.

Se marchó de allí más apesadumbrada que cuando había llegado, con una mayor confusión en la cabeza, un hueco en medio del estómago y pendiente de una cita con la letrada (que esta se encargaría de darle por teléfono).

De vuelta, en el tren de cercanías fue recapacitando sobre todos los posibles escenarios, tanto si tomaba la decisión de denunciarlo como si no. Concluyó que de ninguna forma lo denunciaría, eso lo tenía claro.

A veces tenía un humor de perros; otras era demasiado independiente y no contaba con ella, como si continuara soltero; otras se ausentaba o no le hablaba durante días o semanas; y muchas la

criticaba, para su forma de ver, demasiado. No obstante, ella no llamaría a sus comportamientos maltrato. Seguro que los maltratadores no amaban a sus mujeres como él la amaba a ella. Tampoco creía que fueran tiernos, que realizaran las tareas del hogar o que cuidaran de sus hijos como él lo hacía. Su compañero no era perfecto, pero es que ni ella lo era. A él también le molestaban cosillas y, a su manera, quizás algo torpe, se lo expresaba. Pero de ahí a ser un maltratador… No, nadie estigmatizaría a quien había sido el hombre de sus sueños y el padre de su hijo con aquella palabra tan horrible y tan alejada de la personalidad de él.

Sin embargo, estaba el descuido que le había costado la vida a Milo. No se lo podía perdonar, eso no. No quería escuchar su versión. Nada revertiría el dolor ni el rencor que sentía contra él.

21

Tirando de aquel cuerpo pesado, resistente a cualquier tipo de movimiento, recorrió el piso para bajar las persianas y así mantenerlo fresquito en las horas centrales del día, cuando el calor incidía con mayor virulencia sobre el valle del Guadalquivir. Pero lo que en realidad se escondía bajo esta acción era la necesidad de permanecer a oscuras, de equiparar el exterior con la lobreguez de su interior.

Tras ello, repasó por si se le había quedado alguna faena por realizar, porque, desde que tenía aquellos despistes, cada vez más persistentes, solía olvidarse de los asuntos básicos, pero también de los importantes. Por ello se había impuesto la costumbre de revisarlo todo, para minimizar los dichosos lapsus.

Se dirigió hasta la cocina, que relucía impoluta, así que dedujo que disponía del permiso de él para descansar. Se sentó en el sofá del salón con las piernas dobladas a un lado, cogió el mando de la tele, la encendió y se dispuso a verla, sin ver nada.

Malgastas tu tiempo con esa mierda, en vez de leer un libro o hacer algo más productivo… Estás tirando tu vida a la basura. Total, para la mierda de vida que tienes…

Ella no se hallaba con energía suficiente para replicarle que no se podía concentrar para leer ni estudiar, ni siquiera para navegar por internet; tampoco para recriminarle que él había sido el causante de que dejara de meterse en las redes sociales, de donde llevaba años huida. Se cansó de que él la interrogara sobre los me gusta o los comentarios que otros hombres hacían en su perfil. Igualmente perdió el interés en leer y compartir artículos sobre naturaleza, animales o derechos humanos, para que el resto de las personas se concienciaran sobre las que a ella le preocupaban, después de que él la ridiculizara constantemente diciéndole que iba de iluminada y que intentaba adoctrinar a los demás.

Sonó el timbre de la puerta y ella se sobresaltó. No esperaba a nadie, y menos a media tarde y con más de cuarenta grados en la calle.

¿Quién coño será a esta hora? La gente ya no respeta ni la siesta. No pongas esa cara de mosquita muerta: seguro que tú esperas a alguien, que te has zampado hoy dos duchas.

Ella no se movió. Volvieron a llamar con más insistencia. La madre de Rafa le había enviado un mensaje informándole de que ya había recogido a Álex y estaban en casa; y si hubiera tenido intención de llevarlo antes, le habría telefoneado para avisarla, así que descartó que se tratara de ella. Sus padres tampoco podrían ser, porque su padre le había enviado varios mensajes a lo largo del día y eran solo

para preguntar por ella. Sin embargo, desde que ocurriera el accidente de Milo, su sistema de alarma solía encontrarse en alerta constante. Por ello, preocupada porque hubiera sucedido algo, se levantó, atravesó la cocina, se plantó delante de la puerta de entrada y puso un ojo en la mirilla.

Al otro lado estaba Guille y eso le extrañó. Este, notando que ella lo observaba desde dentro, asomó un sobre grande y una sonrisa tan tímida como amplia. Al sentirse descubierta, no le quedó otro remedio que abrir.

¿No le irás a abrir así, no, medio desnuda? Dile que no puedes, que lo eche por debajo de la puerta. Ese tío siempre ha querido llevarte a la cama y tú no dejas de coquetear con él. Ten un poco de decencia y un poco de respeto hacia mí.

Ella se revisó de arriba abajo: no le daba tiempo a cambiarse. El conjunto que llevaba le quedaba holgado, no se le notaba nada, podría taparse el collar con uno de los pañuelos que solía dejar colgados en el perchero de la entrada. Pero si lo hacía tendría que escuchar la recriminación de él por atender a su compañero. Y no soportaba más su voz censora. Puso la cadena y entreabrió la puerta.

—No puedo atenderte ahora, Guille.

Extendió la mano para que este le entregara el sobre.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, solo que estoy ocupada.

—Si necesitas cualquier cosa, sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad?

Contar con él dice. Lo que quiere es meterse en tus bragas, acostarse contigo en mi cama, ocupar mi lugar. ¡Que dejes de coquetear ya con él de una puñetera vez! ¡Que cierres la puerta he dicho!

—Gracias por haberme traído el sobre, Guille.

Le cerró en las narices, sin darle tiempo a su compañero para que se despidiera.

Eres patética. ¡Qué vergüenza! No me tienes respeto. Seguro que te ha visto las tetas desde ahí. Pero total, para lo que hay que ver... Esas tetas caídas... Y en pantalones cortos, enseñando celulitis.

Notó que Guille continuaba parado allí, sin regresar al ascensor, pero eso no le importó. Dejó que el sobre se le escurriera entre los dedos y se apretó las sienes con las dos manos. Quería gritarle que se callara, que la dejara en paz, pero no podía, le faltaban las fuerzas.

No te hagas la víctima. Tú eres la que le pones las tetas a ese tío en la cara, tú eres quien le ha enseñado de todo con ese pantalón que no cubre nada. Tú eres la que le has dado pie para que quiera acostarse contigo. Y encima pones esa cara de víctima… Ya vas a llorar, eh, otra vez vas a llorar. Así lo arreglas todo.

Pero ella no lloro, esta vez tampoco le salían las lágrimas.

22

En la pantalla de su móvil se iluminó por séptima vez el nombre de él.

Después de haber apagado el dispositivo durante varios días, lo encendió al salir de casa de sus padres por si estos necesitaban preguntarle algo sobre Álex. Borró todos los mensajes que él le había enviado, sin llegar a leerlos ni responderle.

Tuvo que percatarse de que ella lo había activado de nuevo porque la había llamado de camino a Dos Hermanas, mientras esperaba a ser atendida en la Delegación de Igualdad, cuando estaba en la consulta y en el trayecto del tren de vuelta.

Tal vez, viendo la resistencia de ella a prestarle atención, había decidido enviarle varios mensajes.

Háblame, por favor.

Siento tanto lo ocurrido con Milo…

Necesito hablarte.

Necesito ver a mi hijo.

Necesito verte.

Se me cae encima el piso sin vosotros.

Os echo demasiado de menos.

No lo aguanto más.

Te quiero tanto…

No puedes seguir haciéndome tanto daño. Yo sé que tú también me quieres.

Háblame, por favor. Me muero sin ti.

Ella le respondió con un escueto:

En diez minutos llego a la estación.

Le contestó él:

Allí estaré.

Y, efectivamente, allí estaba. Cuando salió de la estación de ferrocarril, él la esperaba apostado frente a la fachada principal. Al verlo, con la camisa celeste que le había regalado por su cumpleaños y que le sentaba tan bien; esos vaqueros que le enloquecían, porque realzaban sus piernas y su trasero; y tan bien peinado (se notaba que había pasado por la peluquería para retocarse el corte de pelo), se estremeció. Pero procuró que no se le notara lo más mínimo. Él, una vez a su lado, quiso darle un beso en los labios; ella se echó hacia atrás para esquivarlo. No protestó ante lo que consideró un afeamiento por parte de su pareja.

—Lamento mucho la muerte de Milo.

Ella lo miró con odio concentrado y los ojos llenos de lágrimas. Emprendió la marcha sin esperarlo. Él la siguió hasta ponerse a su

altura.

—Tengo que explicarte…

—Calla, por favor.

—Pero… déjame explicarte…

—No. Dime qué quieres, pero no me hables de él.

—El piso se me cae sin vosotros.

La agarró por las manos y se paró, haciendo que ella se detuviera a su vez. Se tapó la cara con el antebrazo: a simple vista, cualquiera hubiera creído que lloraba, ella también. Avergonzada, miró hacia los lados esperando que nadie se estuviera fijando en ellos. Le pidió que empezaran a caminar. Él se puso a andar a su lado, como si le costara tirar de sus pasos. Cuando encontró un sitio apartado, se detuvo y dirigió su cuerpo hacia quien ella había considerado el hombre de su vida. Pero ya no era esa persona.

—Necesito que nos demos un tiempo.

Él dejó que su espalda se deslizara hacia abajo sobre una pared blanca y se quedó en cuclillas.

—No me puedes hacer esto. Por favor, no. Sin vosotros me muero. —Se cubrió la cara. Ella oía sus alaridos lastimeros sin saber muy bien cómo reaccionar—. No puedes hacerme esto sin escucharme, sin permitir que me defienda. Es injusto. Tú siempre piensas lo peor de mí, siempre haces una interpretación terrible de mis fallos. Me equivoco, sí, lo sé, pero sin maldad.

Con cada una de sus palabras, ella advertía cómo el muro de frialdad que había interpuesto contra él se resquebrajaba. Pese a que nunca lo había visto tan abatido, y eso le dolía tremendamente, continuó fingiendo indiferencia hacia este.

—Yo solo quería pasearlo para dejarte descansar.

—Te he dicho que no me hables de él. —Le tembló el labio inferior.

—Pero necesito aclararlo. Tú estás tan cansada por cargar con tantas cosas… Eres tan buena madre… Llevas tan bien la casa… Eres tan atenta conmigo… Yo solo quería ayudarte —y reanudó el lloro.

Ella tragó saliva. Allí estaba: había reaparecido el hombre vulnerable, el que se escondía para no ser dañado.

Él continuó entrecortado:

—Y Milo, el pobre, siempre te prefería a ti, y en cualquier descuido se me escapaba. Y yo…, avergonzado, era incapaz de reconocerte que llegaba tarde buscándolo. No quería preocuparte ni que me vieras como un inútil. Creí que se le pasaría si se acostumbraba a salir a solas conmigo. Porque yo te amo con locura y solo necesitaba que tú descansaras. Y por mi culpa…, por querer ayudar… Lo lamento tanto…

Ella no necesitó oír más. Se agachó también, lo abrazó y lloraron

juntos. Él se elevó sujetándola. Allí mismo permitieron que su pasión se desatara. Caminando como borrachos enamorados, llegaron al piso, donde hicieron el amor en libertad.

Después, fue a casa de sus padres para recoger a Álex.

—Sabes que os podéis quedar aquí todo el tiempo que necesites, hija —le dijo su padre, visiblemente preocupado.

—Lo sé, pero todo está bien, papá.

A la mañana siguiente, recibió una llamada del Área de Igualdad del Ayuntamiento de Dos Hermanas.

—Ya no la necesito, muchas gracias. Todo se ha arreglado.

23

Cuando escuchó a Guille montarse en el ascensor, se dejó caer allí mismo, en la entrada de su piso. Continuó apretando las palmas contra su cabeza, como si las palabras de él fueran un jugo que lograra exprimir fuera de su mente.

Encogida en el suelo, fantaseó sobre cómo habría trascurrido su existencia si no lo hubiera conocido, si no le hubiera dado su teléfono aquella tarde. ¿Habría caído quizás en los brazos de Guille como él le vaticinaba?

Ignoraba si en alguna línea temporal alternativa hubiera podido acabar con su compañero de trabajo. Pero de una cosa sí estaba segura: ni con Guille ni con ningún otro hombre en la faz de la tierra, ni en otras realidades contingentes, hubiera conocido una pasión desgarradora de la carne como la que experimentaba con él.

¿Sería factible sobrevivir sin las manos de él recorriéndole por su cuerpo? ¿No preferiría tragar veneno antes que pasar un solo día sin los besos de su boca, sin su lengua rastreando los recovecos de su sexo? ¿Cómo existiría la luz de un flamante amanecer sin esos ojos que la iluminaban tanto como la abrasaban? ¿No conllevaría acaso una pena de muerte no volver a lamer su pene o no sentirlo dentro de ella hasta desfallecer? Y si, por un casual, le fuera factible vivir sin su presencia, ¿merecería la pena respirar una minúscula partícula de oxígeno lejos de su aliento?

Sin él tampoco hubiera nacido Álex, su clon perfecto, y el único que la mantenía aferrada a una existencia que se le escapaba como el agua por el desagüe del váter después de que alguien accionara la cisterna.

No, a pesar de que, en algún universo conocido, o por conocer, esa realidad fuera viable, no daría marcha atrás, aunque pudiera; porque no concebía un mundo donde él no hubiera aparecido aquella tarde y ella le hubiera dado su número de teléfono.

A partir de entonces, las estancias en la cima de la montaña rusa fueron a menos. Él ya había comprobado qué fácil resultaba doblegarla, así que necesitaba una cantidad insignificante de reenganche amoroso para mantenerla a su lado.

Pero ¿a quién le importaba cuánto duraran aquellas subidas en la cresta de la atracción de feria si estas estaban tan llenas de ternura, de pasión? Los otros momentos, las bajadas, se producían solo porque él era un hombre tremendamente dañado que afrontaba sus emociones con torpeza, nada que ella no consiguiera curar con una mayor dosis de su paciencia infinita y cantidades ingentes del amor inmarcesible que le profesaba.

Así, en ese torbellino sentimental, la relación entre ambos había transcurrido durante años. Hasta que Ana, la mamá de Rafa, irrumpió en sus vidas.

Al principio de curso, en septiembre, se incorporó a la clase de Infantil de Álex un alumno nuevo, Rafa. En seguida los dos pequeñines se convirtieron en inseparables. A raíz de ello, las dos madres comenzaron un acercamiento paulatino. Ella encontró en Ana, la mamá del niño, algo parecido a la amistad perdida que un día mantuvo con su grupo y con Julia, la que tanto había añorado desde que esta se quebrara.

Ana y ella se cayeron muy bien casi de inmediato, aunque ella, leona celosa de su intimidad, necesitó cierto tiempo para dejarle que atravesara su círculo de seguridad, Eran de la misma generación (de hecho, solo se diferenciaban unos meses), y esto favorecía que compartieran ciertos gustos y se entendieran con mayor facilidad.

También ayudo que él, de entrada, no la censurara, al contrario de lo que ocurriera en el pasado con cada una de las mamás que habían intentado acercarse a ella. En verdad, hasta parecía caerle bien. Esto, con respecto a otra mujer, hubiera disparado al instante sus alarmas celotípicas, ya de por sí más hiperactivadas de lo normal. Sin embargo, pese a que Ana era, objetivamente, muy guapa y lucía tipazo, ella estaba tranquila, porque Felipe, el marido de esta, policía nacional de profesión, alardeaba de uno de esos cuerpazos esculpidos a base de horas de gimnasio y, también, resultaba muy atractivo. Ambos formaban una de esas escasas parejas muy enamoradas a simple vista, digna de estar en cualquier catálogo publicitario sobre familias felices. Y, siendo sincera consigo misma, admitía que hubiera resultado imposible que una mujer como Ana remplazara a un marido bombón como el suyo por otro mayor y mucho menos en forma.

No importaba el resto, lo cierto es que se alegró de que, por fin,

después de la traición de Julia y de la desconfianza hacia las integrantes de su mismo sexo que esta le creara, una conocida nueva le robara un poco de su soledad enquistada.

Solían quedarse a desayunar juntas en el intervalo entre dejar a sus hijos en el colegio y antes de ir a la protectora: llevaban a los dos al parque e incluso algún viernes que otro, por la tarde, cuando Felipe tenía turno de noche, cenaban con sus pequeños en el Burger King. Mientras estos jugaban, las mamás aprovechaban para contarse alguna que otra confidencia. Siempre era Ana quien hablaba sin parar; ella, normalmente, era la que escuchaba. A ella, en el fondo, su amiga actual le resultaba demasiado simple y superficial, con una conversación centrada en trapitos, tratamientos estéticos, compras, logros en el gimnasio, viajes de moda, Instagram y críticas a otras conocidas; pero se daban compañía y entretenimiento mutuo.

Alentadas por la buena sintonía que surgió entre los cuatro, se animaron a incluir a sus parejas en sus quedadas. Las primeras salidas de ambas familias le supieron a un sucedáneo barato de aquellas pretéritas con su grupo que tanto echaba de menos, pero le sirvió para matar el hambre relacional.

Sin embargo, este entusiasmo se extendió muy poco, no más de un mes, el tiempo justo hasta que él empezó a sentir celos por Felipe. Al término de cada una de veladas, él dejaba de hablarle durante días, después de recriminarle que ella se comía con la mirada a Felipe y que coqueteaba con este de forma vergonzosa. De nada sirvió explicarle que ese tipo de machitos le había repelido desde joven y que solo tenía ojos para él, su compañero. Él se obcecaba de tal forma en su idea que al final fue ella quien decidió rechazar cualquier propuesta por parte de sus relucientes amigos.

En cambio, él comenzó a unirse a los encuentros entre las dos madres. Decidió acompañarla al colegio a llevar a Álex para así desayunar con ambas. También se unió a las tardes de parques y hasta a los eventuales viernes de cena en el Burger King. Ella, que desde hacía años sufría la falta de interés de su pareja por acompañarlos en sus actividades, percibió este comportamiento inusual en él como una cambio muy esperanzador y gratificante.

Antes de las Navidades, alrededor del puente de la Constitución, él le dijo que necesitaba pasar más tiempo con Álex, así que, cuando ella saliera del trabajo, podría irse tranquila al piso porque se encargaría de recogerlo del colegio. Esta alteración en su rutina, por sí sola, no habría sido suficiente para activar sus alarmas, si no hubiera venido acompañada de un aumento notorio de conversaciones muy animadas entre él y Ana, de las cuales a ella se le apartaba.

A esto se le sumó, que, cuando él iba por su hijo, regresaban mucho más tarde de la hora habitual.

—¿Por qué tardáis tanto? —preguntó ella al verificar que aquello se había convertido en un continuo.

—Porque acompañamos a Rafa y a su mamá a su casa —respondió Álex con la inocencia de un niño de su corta edad.

Ella esperó a que el pequeño se fuera a jugar a su dormitorio para corroborar la información que le ahogaba en el pecho.

—¿Cómo es que los acompañáis? Para ir hasta su casa tienes que desviarte bastante del camino al piso.

—No sé qué tiene de malo. A los dos niños les gusta estar juntos.

—Se ven a todas horas. Yo mientras os estoy esperando aquí con el almuerzo puesto en la mesa. Sabes que Álex viene muy cansado y necesita comer temprano para dormir un poco después. Y cuando se despierta de la siesta van al parque juntos, otra vez.

—No sé a qué viene esto ahora.

—Pues porque parece que es a ti a quien le gusta estar con su madre.

—¡Lo que me faltaba por oír!

—¿Vas a negar el tonteo que os traéis entre los dos?

—A ver…, para que te quede clarito, ¿tú crees que si me gustara otra estaría contigo?

—Nunca te he pedido nada, pero, si realmente te importa lo nuestro, tu familia, creo que deberías alejarte un poco de Ana.

—Otra vez estás con tus puñeteros celos y tus paranoias. Al final eres tú quien me va a lanzar a los brazos de otra.

Con esa conversación terminó su primer intento por retener a su pareja.

Él, lejos de parar aquel proceder que abocaba su relación a una muerte segura, inició una nueva rutina mañanera. Se levantaba una hora antes para ducharse, afeitarse, perfumarse y peinarse con esmero simplemente para llevar a Álex a la escuela y desayunar con ellas, cuando anteriormente, apenas se lavaba la cara y se ponía el primer chándal que pillara.

—¿Por qué te arreglas tanto ahora?

—No sé qué tiene de malo cuidarse un poco. Tal vez tú también deberías hacerlo, que te estás dejando. ¡Mira qué pintas llevas últimamente!

Regresó al salón. Estaba cansada. Pese al aire fresco que corría por el piso gracias al aire acondicionado centralizado, el exterior de calles desiertas arrasadas por el calor y acompasadas por el canto de las chicharras incitaba a dormir la siesta en una tarde plomiza.

Sabiendo que si se echaba en el sofá él no iba a detener su retahíla, se marchó al dormitorio conyugal. Vio la cama bien hecha y deseó tirarse en ella y dormir profundamente, pero sabía que le interrumpiría el sueño, vociferando por cualquier motivo. Puso en su móvil música que envió al altavoz por medio del Bluetooth, a bajo volumen. Sonó *Someone like you* de Adele. Echó un vistazo para averiguar qué tarea podría hacer que no la agotara.

De repente, llevada por la ira que le quemaba en el interior, abrió el cajón donde guardaba su ropa interior. Vale que no lograra arrancarse del cuello el maldito collar que la sometía a él, pero, aprovechando que no estaba al acecho, se dispuso a perpetrar otro acto de rebeldía. Cogió una bolsa y tiró en ella su lencería. Dejó solo algunas bragas de algodón muy confortables que usaba los primeros días de regla. El resto, todo iría a parar a la basura.

Odiaba visceralmente cada uno de esos trapos que él le había obligado a comprarse porque le resultaban más sexis que los que ella usaba antes, aunque ella no los soportara. No volvería a utilizar tangas, ni brasileñas, ni saltos de cama eróticos, ni plumeti, ni encajes, ni raso, ni estampados de leopardo, ni ningún otro tejido que le irritara la piel o le incomodara. No más.

Una vez avivadas las brasas de su rabia, continuó. Le tocó el turno al armario. Tiró al suelo la ropa que había adquirido en tiendas de señora mayor, porque él opinaba que, con su forma de vestir anterior, iba provocando a otros hombres para subirse el ego y ponerlo celoso. Hizo un montón con las faldas por debajo de los tobillos, las mallas anchas de canalé, las rebecas gruesas a la altura de las caderas, las blusas de manga larga que debía llevar abotonadas hasta el cuello… De aquella forma, él la incitó a descuidar su aspecto exterior, para recriminárselo a continuación y compararla con otras mujeres que, según su criterio, sí se arreglaban, lo que la sumía en una nefasta disociación continua.

Una punzada lastimera se le clavó al quedar a la vista aquellos vestidos floreados de antaño. Y se preguntó dónde estaba la chica que los lucía. «Muerta», se dijo.

¡Qué leches estás haciendo ahora? ¡Estás loca, estás loca! ¡Ni se te ocurra tirar eso!

Las alarmas se le dispararon por completo con la vuelta a clase, después de Reyes. El primer día tras las vacaciones, él tenía trabajo atrasado y se quedó en el piso para terminarlo, así que fue ella quien acompañó a Álex. Le extrañó que Felipe también fuera el encargado de llevar a Rafa, en vez de su madre, pero no le quiso dar mayor importancia.

—¡Vaya! Pobre Ana —le dijo Julia al alejarse de la puerta del centro, una vez que los alumnos entraron.

—¿Por? —No le gustaba tener aquellos acercamientos con Julia, pero la situación lo requería.

—Se ha separado.

Por más que lo hubiera buscado, no encontraría ningún rastro de intencionalidad en el rostro de su interlocutora. La conocía muy bien, y no advirtió ninguna maldad en su respuesta.

—Pensé que lo sabías, como habéis congeniado tanto…

La dejó con la palabra en la boca. Helada, como si hubiera permanecido encerrada en una cámara frigorífica horas, corrió hasta el piso.

Lo encontró sentado en el sofá del salón, con el portátil sobre las piernas. Juraría que se subía el pantalón del pijama cuando ella irrumpió en la cocina. Pero estaba tan azorada… Serían imaginaciones suyas.

—¿Por qué no estás en el trabajo? —le preguntó él con un tono seco que le sonó a enfado.

—Dime, ¿se ha separado?

—¿No has ido a trabajar para venir a preguntarme eso? —Negó con la cabeza sin dar crédito a la escena que sucedía frente a sus narices.

—Contesta, ¿se ha separado?

—No sé de qué me hablas.

—La tipa esa, tu amiguita, ¿se ha separado? Contesta, por favor.

—Sí.

En ese instante, el metro cuadrado de suelo bajo sus pies experimentó un terremoto de grado nueve.

—¿Por qué no me lo ha contado a mí y a ti sí? —Se le entrecortaba la voz y temió que las palabras no le salieran.

—Ya sabe todo el mundo cómo te pones con ciertos temas. Yo le estoy siendo de gran apoyo.

—Tú no tienes nada que apoyar. Que se busque amigos.

—¡No empieces, eh!

—Pero estás ciego, ¿no ves que te quiere atrapar como sea? Ahora

toca la pena. —Hablaba entrecortada, como si en algún momento fuera a quebrársele el sonido que le salía por la boca y se quedara con las advertencias sobre el peligro inminente dentro de ella—. La relación se acaba aquí. Los niños se verán lo imprescindible y siempre que yo esté delante.

—Eres injusta con ella, en vez de empatizar con lo mal que lo está pasando. Eres injusta hasta con tu propio hijo, cegada por tu dichosa paranoia. Estoy harto de locas. ¡Harto! ¿Te enteras? No pienso pasar por esto otra vez.

Cogió el portátil y se fue al dormitorio.

Esa noche durmió en el sofá. Ella se arrodilló frente a él.

—Ven a la cama, por favor. Hablemos.

—Déjame, tengo sueño. Eres una loca paranoica. Siempre lo has sido y me estás volviendo loco a mí.

Ella bajó hasta su entrepierna para demostrarle que en su casa dispondría de la cantidad de sexo que necesitara sin tener que ir a buscarlo fuera. Él se dejó hacer. Cuando ella terminó, se dio la vuelta y enseguida se quedó dormido. Regresó a la cama sola, pero con la engañosa sensación de que acababa de ganar una batalla.

Noches tras noche reincidió, sin que él la tocara, salvo para agarrarla por el pelo para marcar el ritmo que más le placía. Ella estaba segura de que así, y siendo aún más dócil y complaciente, mantendría a su lado al amor de su vida. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa, por humillante que esta fuera, con tal de que él no la abandonara.

27

¿Loca? ¿Realmente estaba loca? Ella aseguraría que sí.

Una mujer centrada no lo vería a él como un ángel y un demonio. No lo odiaría tanto como lo amaba. Porque detestaba en él lo que ella misma había provocado. Ella, sí, ella era la culpable de esos estados de ánimo tan antagónicos de él. Este le había advertido de que sus anteriores parejas estaban desquiciadas y le habían hecho vivir un tormento. Ella, al final, llevada por la maldita desconfianza, por sus estúpidos miedos, por esa adicción enfermiza a él, había convertido la relación en otra cárcel donde este se ahogaba, por eso buscaba aire lejos de ella.

¿Dónde quedaban aquellos primeros meses llenos de pasión cuando él le declaraba lo especial que le parecía? Pero pronto empezó a aburrirse de ella. Al conocerla mejor, se percató de que solo era un fraude. No había nada en su interior yermo que la hiciera tan exclusiva, nada que gustara o ni siquiera que atrajese. Por ese mismo sopor la habían abandonado los integrantes de su grupo y por eso no conservaba ninguna amistad.

Una criatura fallida, un error de la naturaleza. Un ser incapacitado para estar sobre la faz de la tierra. Un sobrante, un desecho.

La tarde caía lentamente. El momento de reemprender el sueño se acercaba. Así, con la oscuridad proporcionada por las ventanas bajas, podría incluso adelantarlo. Porque necesitaba, mucho más que otros días, cerrar los ojos y apagar su mente.

Entró en el baño y se miró en el espejo. No vio a la mujer de rostro cadavérico que solo era piel y huesos. Vio a una mujer fea, sí, pero fofa. Con un collar que le ahogaba en el cuello. Fue con mucho sigilo a la cocina a por un cuchillo y se lo guardó en el interior del pantalón del pijama para que él no lo viera. De vuelta en su dormitorio, abrió el cajón de la ropa interior. De debajo de las pocas bragas de algodón que se habían salvado de la criba, extrajo varias cajas de pastillas antidepresivas de las que le había prescrito su médico de familia hasta que la pudieran atender en Salud Mental. Esa noche ningún monstruo en su cabeza le robaría el sueño.

Llegó aquel sábado de mediados de febrero.

Ella lo siguió con la vista mientras él se arreglaba y se engalanaba con sus mejores ropas. No descuidó ni un detalle. Hubiera tenido que trasladarse al comienzo del cortejo con ella, para encontrar una situación donde él luciera tan radiante.

—Esta noche salgo a tomar unas copas con mis amigos.

Los celos eran ratas hambrientas que roían sus tripas. Nunca, en los años que llevaban de relación, le había conocido a ningún amigo.

—¿Qué amigos? —preguntó conteniendo cualquier atisbo de enfado, porque las mismas ratas le gritaban que mentía.

—Son unos clientes que vienen a Sevilla. Y no te preocupes, ya me traerán de vuelta al piso los que no vayan a beber.

No continuó indagando. ¿Para qué? Si lo hacía, quizás notaría que tenía atada la soga al cuello y le colgaban ya los pies trémulos. Mejor creer sus mentiras, mejor fingir que todo seguiría bien entre ellos.

—Ah, no me esperes despierta —le dijo cuando salía por la puerta.

Pero ella sí lo esperó despierta, a lo largo de toda la noche. A mediodía, viendo que no había aparecido y que no se ponía en contacto con ella, le escribió un mensaje para saber si estaba bien. No respondió. Lo esperable.

Por la tarde avisó a sus padres para que recogieran a Álex. Ellos aceptaron de inmediato y sin hacer preguntas. Cuando su hijo se hubo marchado, lo llamó. No contestó. Preocupada tanto como acribillada por los celos, insistió. Nada.

Sobre las ocho, ya noche cerrada, decidió salir a buscarlo. Aunque no sabía por dónde empezar, la casa de Ana sería la primera parada en su recorrido. No fue necesario, estaba cogiendo el bolso para salir cuando él entró por la puerta. Tenía le pelo mojado, olía a limpio. Enseguida reconoció el perfume del gel que había usado.

—Vienes de estar con ella —afirmó sin intermediar un saludo.

Pasó por delante de sus narices sin hablarle y se sirvió una lata de cerveza del frigorífico.

Ella se la arrancó de las manos y la tiró con fuerza al fregadero.

—Estás loca. —Cogió otra cerveza y la miró desafiante—. ¡Claro que he estado con ella!

—¿Os habéis acostado?

Él rio burlón.

Ella se apoyó sobre la isla para no caerse. Él se esfumó ante sus ojos sin que ella pudiera reaccionar. Al rato, volvió con su macuto viejo, cogió algunos de sus libros de la estantería del salón y terminó de cerrarlo sobre el sofá.

—Gracias a ti me di cuenta de que yo también le gustaba a ella. Me abriste los ojos.

Siguió muda.

—Te advertí desde el principio que al final, por no aguantarte, me lanzarías en brazos de otra. Como mis ex.

Se echó el macuto a la espalda y de nuevo se encaminó hacia la puerta.

—¿Te vas? —pudo balbucir ella con los ojos llenos de lágrimas.

Él extendió las palmas a ambos lados del cuerpo.

—Por fin me libero de ti.

Se giró cuando este pasó por su lado para marcharse y lo agarró por la camisa. Él se volvió y la miró con asco.

—No te vayas, por favor. No me hagas esto. Hablemos. Vamos a resolverlo.

—Eres patética.

Le desprendió la mano de su camisa.

—No hay nada que resolver. Estoy enamorado de ella.

Las piernas le fallaron y se derrumbó frente a él. Se aferró a una de sus pantorrillas para no dejarlo partir. Él la arrastró en su ida, mientras negaba con la cabeza.

—Mírate, estás destruida.

Salió. Dio un portazo y el mundo se desplomó sobre ella. Sí, estaba destruida, él la había destruido.

Cerró poco a poco la puerta del dormitorio, para que él no lo oyera. Aunque en el salón sonaba muy alto y en bucle la canción *The end of the world,* de Skeeter Davis, con él nunca se sabía. Entró en el cuarto de baño y repitió el mismo proceder.

Le hubiera gustado encerrarse echando el pestillo, pero no podía porque, nada más mudarse con ella, él había sustituido los tiradores del piso que tenían cerrojo. «Son peligrosos —dijo—. Además, entre nosotros no habrá secretos».

Y así era, la intimidad de ella debía estar completamente al descubierto siempre: no disponía siquiera de un momento a solas para hablar por teléfono con tranquilidad; él tenía apuntadas en una libreta las claves de sus correos electrónicos, de sus redes sociales, de sus cuentas bancarias; se sabía de memoria la numeración para desbloquear su móvil y el pin de su tarjeta de débito; se descargó en su portátil el certificado digital de ella y hasta podía acceder a su WhatsApp con WhatsApp Web… Por lo tanto, ninguno de sus trámites administrativos ni sus chats era privado. Le revisaba a diario el historial de Google y más le valía que no se le ocurriera borrarlo, ni sin querer.

Él, por el contrario, gozaba de una libertad total. Ella lo respetaba si él permanecía dentro de una habitación con la puerta cerrada. Si no le quedaba más remedio que acceder, tocaba con los nudillos y esperaba a que le diera su consentimiento para entrar. Nunca le permitió tocar su móvil. Este estaba constantemente bajo su estricto control, en silencio y bocabajo. Jamás se lo dejaba atrás, ni para ir al baño.

Taponó la bañera, abrió el grifo con agua templada y la dejó correr. Se plantó frente al espejo situado encima del lavabo. Sacó las tabletas de cinco cajas de antidepresivos. Se tomó un comprimido. Empuñó el cuchillo y, mirándose en su reflejo, intentó cortar, sin éxito, el collar y la cadena de su cuello. Irritada y nerviosa, con cada fallo, ingería otra pastilla. Viendo que los cortes afilados no lograban desasirlo de ella, utilizó la punta para forzar el candado. No tuvo éxito tampoco. Frustrada, notó cómo la sangre le resbalaba por las clavículas y le bajaba hasta los senos. Se tragó algunas pastillas más y se sumergió en el agua tibia de la bañera. Esta empezó a teñirse de rojo, mientras a ella le entraba un agradable sueño.

Cuando sus padres le llevaron a Álex, seguía allí tirada como la piel seca de un plátano después de que hayan devorado su interior. Le insistieron para que dejara que su nieto pasara la noche con ellos, pero ella lo necesitaba a su lado más que nunca. Sostenía el teléfono en la mano, tras haberle llamado y enviado mensajes hasta la saciedad. Pero nada, ni una sola respuesta de él. En el último intento, escuchó la señal de apagado o fuera de cobertura.

Extenuada por el impacto emocional, acostó al pequeño en la cama conyugal, desierta, y se acurrucó a su lado; sin atreverse a cerrar los ojos, porque su mente le proyectaba la imagen de él haciéndole el amor a una mujer que no era ella. Sonó un SMS. Pensó que era el aviso de que había encendido el móvil, pero no, se trataba de Ana:

Ha cambiado de número. Si necesitas algo con respecto a Álex, me hablas a mí. Si intentas contactar por otro asunto, te denunciamos.

Él, su amor, su amante, el padre de su hijo, ya formaba un insólito *nosotros* con otra, un *nosotros* de donde ella estaba excluida.

Ante esta evidencia letal, ese golpe de mar que le atizaba en la cara sin un atisbo de misericordia, unas náuseas terribles, como lenguas de lava, le subieron por el esófago. Corrió al baño y vomitó. De repente, una chispa de esperanza brilló en medio de sus lúgubres pensamientos. El milagro de un segundo embarazo haría que él regresara. Además, resultaba del todo imposible que pudiera estar enamorado de esa. Porque Ana era insustancial, vacía. No compartía los mismos gustos que él, al contrario de lo que ocurriera con ella. Y, lo más importante, tenían un hijo en común, formaban una familia.

Arropó bien a Álex, hacía frío. Cerró con suavidad la puerta del dormitorio para que no se despertara y salió en busca de una farmacia de guardia donde comprar una prueba de embarazo, su salvación.

A su llegada, el pequeño la esperaba en la entrada del piso, esmorecido por el llanto, tiritando de miedo y aterido.

—Me has dejado solito. Tenía mucho miedo. Creía que no ibas a venir más.

Ella lo abrazó. La conmovió una pena insondable por él, pero no podía entretenerse, tenía que ir directamente a hacerse la prueba. Se jugaba la salvación de ambos: que su padre no los abandonara.

—Mamá siempre vuelve, siempre. —Le sostuvo la carita empapada de lágrimas y mocos para que este la mirara—. Que no se te olvide nunca.

Cargó a su hijo en brazos y lo acostó de nuevo, esta vez con la luz de la lámpara de noche encendida.

—No me dejes, mamá.

—Hace frío, cariño. Mira, mamá va a hacer pipí ahí, ¿vale? No cierro la puerta. —Le dio un beso en la frente—. Enseguida estoy contigo y dormiremos juntos.

El niño se conformó, todavía con el corazón sobrecogido.

Se hizo el test y dio negativo. Con las manos empapadas por el sudor, se realizó un segundo que había comprado por si el primero fallaba: también negativo. La desesperanza ante esta nueva realidad le subió por el estómago y vomitó bilis, otra vez. Álex, al escucharla, corrió hasta ella asustado.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó, temblando, de pie a su lado.

Ella se limpió la boca.

—No te preocupes, cariño, estoy bien.

Otro vómito la doblegó.

El pequeño lloraba aterrado por el sonido de las arcadas de su madre.

—Mamá, no quiero que te vayas al cielo como el abuelito de Carlos.

Ella se repuso un poco, se sentó en el suelo y lo acurrucó en su regazo.

—Mamá nunca te dejará, cariño, nunca. —Su hijo se abrazó a su cuello, sin parar de llorar, y ella se quebró con él—. Nunca te dejaré, mi vida, nunca, nunca…

Adormecida, le pareció distinguir el ruido de unos golpes por encima de *The end of the world* de Skeeter Davis, que se repetía sin fin en el salón a un volumen excesivamente alto. Qué poco le había durado la tranquilidad.

¿Qué haces? ¿Qué leches estás haciendo? ¡Qué desastre de persona! ¡Qué mala madre eres! No piensas en tu hijo, ¡solo en ti! ¡solo en ti! Egoísta, eso es lo que eres, una egoísta de mierda. No, solo una mierda que no vale para nada.

En ese justo momento, cuando su raciocino deambulaba entre la ensoñación y la vigilia, con las barreras del terror caídas, emergió su furia:

—¡Calla, calla, callaaaaaaaaa! —le vociferó desde su ira acumulada, golpeándose la cabeza con los puños.

La puerta del baño se abrió de par en par. Vislumbró dos bultos, aunque no logró identificar de quién se trataba.

Julia quedó impactada ante la escena macabra que apareció frente a su vista al acceder al baño. Encima del lavabo, un cuchillo ensangrentado, varias tabletas de pastillas vacías; en la bañera, ella, sumergida en el charco ensangrentado, mientras se daba puñetazos en las sienes, sin parar de chillar:

—¡Calla, calla, calla!

Ante aquel espanto, Guille volvió a llamar a emergencias. Aunque ya los había avisado tras decidir con Julia y sus padres que ambos debían plantarse en el piso porque algo no iba bien.

—¡María! —Su amiga comenzó a darle palmadas en la cara—. María, abre los ojos. Mírame, soy Julia.

—¡Calla, calla! —repetía con los párpados entornados.

—María, soy yo, Julia. Mírame.

Hizo el esfuerzo de levantar un párpado, pero no pudo.

—Dile que se calle, Julia, dile que se calle.

—¿A quién, cariño, a quién?

Le enjuagó los cortes del cuello para determinar su profundidad y los apretó con una toalla.

—María, ¿y estos cortes?

—No puedo quitármelo, no puedo quitármelo… Él tiene la llave.

—¿Qué no puedes quitarte, cariño? Dime. Háblame, no te duermas.

—El collar, el collar…

—No tienes ningún collar, mi vida, no tienes nada.

Guille cogió su albornoz, la sacó del agua, se sentó en el suelo y la envolvió entre sus brazos.

—María, no te duermas. ¿Cuántas pastillas te has tomado?

—No sé —contestó—. Dile que se calle, dile que se calle.

—María, ¿a quién? Aquí no hay nadie.

—¡A él, a él…!

—¿A Guille?

—No, a él, a Alejandro.

Julia empezó a acariciarle el pelo mojado.

—Alejandro no está aquí, cariño, ya no.

—Sí, está. Dile que se calle, dile que se calle… —balbució y rompió a llorar bajo el abrazo de Guille y las caricias de Julia.

—No, está. Se fue hace meses a vivir con Ana, ¿recuerdas? —Y la besó en la frente, también entre lágrimas—. Ya se fue, mi niña, ya se fue…

—Pero no se calla…

—Haremos que se calle, cariño, haremos que se calle… —le prometió quien había sido su mejor amiga desde niña.

Ella, aliviada, cerró los ojos completamente.

Julia dirigió una mira suplicante y aterrada hacia los sanitarios de emergencias del 061 que entraban a toda prisa.

Fin